



CLARK CARRADOS



el
acusado
está
difunto



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

EL ACUSADO ESTÁ DIFUNTO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.002

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal B
32 347
-1969

Impreso en España Printed in Spain
1.^a edición: octubre, 1969

© CLARK CARRADOS -1969
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA-1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

«Para asistir al acto de la lectura del testamento otorgado por *sir* Basil Ewthorne y del cual es usted uno de los beneficiarios por la suma de 2500 libras, según protocolo anejo a dicho testamento, se le invita a personarse en Sharron Castle, Bremerton County, el día veinticuatro del actual, a las diecinueve horas, bien entendido que la asistencia a dicho acto es obligatoria para entrar en posesión del legado y que la incomparecencia al mismo será causa de Emulación del mismo y de todos sus beneficios.

»En espera de poder hacerlo personalmente le saluda muy sinceramente, suyo afectísimo,

»Nathaniel Spengler.

Abogado y Notario».

Clark Willows leyó la precedente carta y se quedó perplejo.

¿Quién era aquel chiflado, con todos los respetos para su memoria, que le dejaba como herencia nada menos que dos mil quinientas libras esterlinas?

¿Dónde había oído él el nombre de *sir* Basil Ewthorne? ¿Por qué motivo un caballero, a quien no conocía, le regalaba, aunque después de muerto, una suma tan apetitosa?

«Ewthorne, Ewthorne...», repitió Willows varias veces. De pronto, pareció recordarlo.

Agarró el teléfono y llamó a su amigo Dan, periodista como él.

—¡Dan, soy Clark Willows!

—Ah, hola, Clark. ¿Te ocurre algo?

—Escucha, ¿tú recuerdas si aquel chico, Dick Lawstone, tenía que ver algo con un tal *sir* Basil Ewthorne?

—¿Qué sí...? Dios mío, era su único hijo. ¿Es que ya no te

acuerdas?

—Es verdad —musitó Willows—. Tuvo una muerte muy mala, pobre chico.

—En cierto modo, se la buscó él. No olvides con quiénes se mezcló. Y lo tomaba como agua en las últimas semanas de su vida.

—Sí, pero fue porque alguien le indujo a drogarse. Ahora lo recuerdo bien; yo escribí un par de artículos sobre el caso. Me valieron muchas cartas de alabanza y un par de amenazas de muerte.

—Que no se han concretado, por fortuna —rió el amigo de Willows.

—¡Bah, tenían que desahogarse! Pero no me negarás que todo lo que dije era verdad... Oye, ¿por qué Lawstone no quería usar el apellido de su padre?

—Era un chico muy independiente. Bueno, creía serlo, que no es lo mismo. Era de la clase de estos muchachos de hoy, inconformistas con todo, que se piensan que basta proclamar en alta voz cuatro lemas, que no son más que paparruchas, para pensar que han descubierto el mundo y que nadie es más inteligente que ellos. Y ya ves cómo suelen acabar, Clark.

—Algunos, no todos, Dan.

—Oh, es que los que se salvan, que son la mayoría, en cuanto tienen solucionado el problema de los huevos con jamón, se cortan las melenas y a las nueve en punto están ya en la puerta de la oficina. Bueno, Clark, ¿quieres algo más de mí?

—No, gracias, Dan, eso es todo. Hasta la vista.

—Adiós, Clark.

Willows colgó el teléfono. Durante unos momentos, se quedó en actitud pensativa. ¿Por qué le dejaba *sir* Basil aquella suma? ¿Tal vez por agradecimiento a los artículos escritos a raíz de la desastrosa muerte de su hijo y en los que tanto había fustigado determinados ambientes de la capital británica?

Al mismo tiempo que Clark Willows, otras personas recibieron una carta análoga, citándolas para el mismo día y la misma hora en Sharron Castle.

Diana Lockhart, atractiva joven de pelo castaño y ojos grises, alta y espigada, enfermera de *sir* Basil en sus últimos días, fue

notificada de que recibiría una suma de cuatro mil libras y que debía estar presente en la lectura del testamento.

Jebthar Ball, de 38 años, de profesión propietario de un club donde se celebraban reuniones entre amigos y que, en realidad, no era más que un local donde se desplumaba a los incautos, también recibió una carta semejante. Su herencia era más importante: diez mil libras.

Bella Payne, de 30 años, rubia, opulenta, sofisticada, «soda» del anterior, recibiría también la cantidad de diez mil libras.

«Bingo» Rockedley, conocido «hombre de empresa», entre cuyos negocios figuraban la extorsión, la trata de blancas y, cuando se terciaba, la «liquidación» de tipos incómodos, fue igualmente notificado de que *sir* Basil se había acordado de él y le legaba la importante suma de doce mil libras.

Por último, un tal Burton Needs, propietario de una típica taberna londinense, enclavada en el Soho, y en donde además de bebidas espirituosas y alguna que otra cerveza, se expedían, para los «amigos», ingentes cantidades de drogas, se enteró con suma alegría de que *sir* Basil Ewthorne, acordándose de que había sido un gran amigo de su hijo, le legaba nada menos que otras doce mil libras.

En cambio, *lady* Marcela Wrottonx, hermana del difunto, no recibió nada... no recibiría nada, pero *lady* Marcela era una mujer de armas tomar y se propuso protestar con todas sus energías de lo que consideraba intolerable omisión de su hermano. Metafóricamente hablando, *lady* Marcela se remangó las faldas y se dispuso a armar una gresca por todo lo alto.

La fortuna de *sir* Basil era bastante alta. Se calculaba que, en total, sumaba

250 000

libras, pero el resto de lo que no había sido asignado a los herederos mencionados, iría a parar a una entidad benéfica, cuyo nombre se haría público en el momento de la lectura del testamento.

El paisaje que rodeaba a Sharron Castle, en aquella época de finales de invierno, en que la primavera no había hecho sino tímidas y esporádicas apariciones, era más bien triston, incluso algo deprimente.

Los árboles estaban desnudos de hojas y un fresco vientecillo arrastraba unas nubes bajas y plumizas, de las que de cuando en cuando se desprendían ligeras gotas de lluvia. Sharron Castle estaba emplazado en el centro de una llanura de suaves ondulaciones, al otro lado del Bremerton, cuyo nivel, con motivo de las últimas lluvias y también a causa de la fusión de las nieves de los no lejanos Grampianos, había crecido considerablemente.

El coche que conducía Clark Willows atravesó el sólido puente de entramado de madera que cruzaba el cauce del Bremerton, cuyas sucias aguas se agitaban a menos de un metro del suelo del puente. La anchura no era excesiva, unos ocho metros, pero el cauce era bastante profundo en aquellos momentos.

El lecho del río era prácticamente un profundo canal, por el que corrían las aguas a gran velocidad. Sus paredes eran casi verticales y una persona que tuviera la desgracia de caer en la corriente, pasaría indudablemente un mal rato, a menos que supiese nadar muy bien.

Willows avistó Sharron Castle cuando ya casi era de noche. La maciza silueta de la residencia, con aire de castillo campestre más que de fortaleza, destacaba en negro contra las últimas luces del ocaso. Era una construcción levantada unos cuatro siglos atrás, que no había perdido nada de su imponente majestuosidad.

Cuando llegó a la explanada que había ante la puerta principal, divisó un par de coches parados y algunas personas en lo alto de la pequeña escalinata que conducía a la entrada.

Willows estacionó el coche y se apeó. Había dos mujeres y un hombre.

Instantes después, conocía a Diana Lockhart, a Bella Payne y a Jebthar Ball. Diana dijo que habían llamado un par de veces a la puerta del castillo y que nadie había contestado.

—Tal vez el guarda tenga la llave en la ciudad —sugirió el joven periodista.

—Entonces, vendrá con el notario —dijo Diana.

—Esto no es formalidad —refunfuñó Ball—. Se nos citó a determinada hora...

—Aún faltan diez minutos —le recordó Willows suavemente, en el momento en que se oía el ruido de un coche que atravesaba el puente, a cincuenta o sesenta metros de distancia.

Tres hombres se apearon del vehículo. Uno de ellos era alto, fuerte, dominador. Los otros, también robustos, de caras poco amistosas, parecían empleados del primero.

—Soy Lex Rockedley —se presentó.

—«Bingo» Rockedley —dijo Ball.

—Es un sobrenombre que no me gusta —gruñó el recién llegado, quien no se había tomado la molestia de presentar a sus acompañantes.

Ball se encogió de hombros. Conocía al hampón y sabía que lo mejor era no hacerle caso.

—¿Por qué no entramos? —preguntó Rockedley.

—Estamos esperando a que llegue el señor Spengler —dijo Diana.

«Bingo» soltó un bufido. Consultó su reloj y gruñó:

—Diez mil libras son un buen pellizco, pero yo también tengo otras cosas que hacer.

—Quizá Spengler venga en ese coche —apuntó Bella Payne, señalando hacia el vehículo que, en aquel momento, cruzaba el puente.

El conductor del automóvil resultó ser Burton Needs, propietario de la Goldie's Tavem. Needs dijo que no sabía nada del notario y se mostró extrañado de que no hubiera nadie esperándoles en Sharron Castle. Needs era un sujeto bajito, de aire ladino y de unos cincuenta años de edad, que no se mostraba demasiado satisfecho, pese a la perspectiva de las doce mil libras que le aguardaban en la residencia.

Willows consultó su reloj.

—Faltan dos minutos —anunció.

—Quizá venga Spengler en uno de esos dos coches que se acercan —opinó Diana Lockhart.

Willows volvió la cabeza. Separados por unos cuatrocientos metros de distancia, dos automóviles se acercaban a Sharron Castle.

El primero se detuvo y de él se apeó un sujeto vestido de gris oscuro, con una gruesa cartera de documentos en la mano.

—Señoras y caballeros, soy Nathaniel Spengler, abogado, notario y ejecutor de las últimas voluntades de *sir* Basil Ewthorne —se presentó con aire entre melifluido y legalista.

Sonaron algunos murmullos como respuesta. Luego, Spengler

preguntó:

—Sus nombres, por favor. Me interesa saber si están todos los mencionados por *sir* Basil en su testamento.

—Diana Lockhart —se presentó la enfermera.

—Clark Willows.

—Burton Needs.

—Jebthar Ball.

—Bella Payne.

—Rockedley —se presentó lacónicamente el apodado «Bingo».

Spengler miró con aire inquisitivo a los dos acompañantes del hampón.

—Son mis empleados —aclaró Rockedley en tono altanero—. Me acompañan siempre a todas partes...

—Sus guardaespaldas —puntualizó Needs con una risita sarcástica.

«Bingo» le dirigió una mirada furiosa. Pero no pudo decir nada, porque, en aquel momento, el último automóvil se detenía ante la explanada del castillo.

La portezuela se abrió y una voluminosa dama, de unos cincuenta y tantos años de edad, pelo gris y ademanes resueltos, se apeó del vehículo. Traía en la mano un bolso de buen tamaño y sus menudos ojillos brillaban maliciosamente.

—Hola, viejo buitres —saludó al notario con todo desparpajo—. De modo que se va a proceder a la lectura del testamento de mi difunto hermano, ¿eh?

—La... *lady* Marcela —balbuceó Spengler, atónito.

—No me esperabas, ¿verdad? Pero estoy aquí y quiero escuchar las paparruchas que el difunto Basil te dictó antes de «diñarla». ¿Son éstos los otros herederos? —preguntó, haciendo un amplio ademán con la mano.

—Sí, en efecto... Pero ¿cómo se ha enterado usted de...?

Lady Marcela le guiñó un ojo.

—Leguleyo, tengo mi propio *Intelligence Service* —contestó con desenvoltura que dejó estupefactos a todos los presentes—. Me importa un rábano el dinero que pudo dejar mi hermano, pero quiero saber por qué no me citó en el testamento.

—Todavía no se ha abierto...

—Si me hubiera dejado algo, tú me habrías citado aquí, como a

todos los demás, y no ha sido así, ¿verdad?

Spengler tragó saliva.

—*Lady* Marcela, cuando su hermano murió, estaba en pleno uso de sus facultades mentales —contestó con aire de dignidad.

—Claro que sí. ¿Acaso eres que era un chiflado? —La mujer miró a todos los demás presentes—. ¿Qué hace aquí esta pandilla de cuervos? ¿Quién es Diana Lockhart?

—Yo, señora —contestó la aludida, dando un paso hacia adelante—. Y no soy ningún cuervo y estoy dispuesta a renunciar a mi parte de herencia, antes de que nadie pueda pensar de mí...

—Está bien, está bien —cortó «Bingo», furioso e impaciente—. Abogado, ¿por qué diablos no entramos ya en la casa? Hemos llamado varias veces y nadie nos contesta. ¿Es que no hay ninguna persona que se cuide de Sharron Castle?

—¿Cómo que no? —estalló *lady* Marcela—. Spengler, ¿qué se ha hecho de Raymond, el viejo mayordomo?

El notario se aturdió.

—Pues...

Pero Spengler no pudo seguir hablando. Una voz humana le interrumpió súbitamente:

—Si están presentes todos los herederos, dispónganse a entrar y a pernoctar en el castillo, en donde podrán hospedarse cómodamente y enterarse de los motivos por los cuales me he acordado de ellos en mi testamento.

Lady Marcela soltó un feroz aullido:

—¡Es la voz de mi difunto hermano!

Al mismo tiempo que hablaba, la puerta se abrió lentamente, por sí sola, sin intervención de mano humana alguna.

CAPÍTULO II

El gran zaguán del castillo, brillantemente iluminado, se ofreció a la vista de todos los presentes.

—Pasen, por favor —dijo la misma voz, que brotaba de un altoparlante hábilmente disimulado—. El salón biblioteca es grande y espacioso y en él hay un buen fuego donde podrán calentarse y donde estarán más cómodos, mientras el notario procede a la lectura del testamento.

—¿Y la cena, qué? —Gruñó Ball, que ya empezaba a sentir hambre.

—Calla, ya hablaremos después —dijo Bella Payne, a la vez que la pellizcaba en el brazo.

«Bingo» fue el primero en entrar, seguido de sus dos acólitos. *Lady* Marcela y Diana pasaron a continuación y Willows lo hizo tras las dos mujeres.

Los demás pasaron sucesivamente. Spengler fue el último en entrar en el castillo y, en ese mismo instante, se oyó una tremenda explosión.

Los vidrios temblaron ligeramente. Willows giró sobre sus talones y se precipitó hacia la puerta.

Sonaron gritos de alarma. Una nube de humo y astillas que volaban por los aires flotaba sobre el puente cuya estructura central aparecía seriamente dañada. De súbito, con un tremendo crujido, el puente terminó de hundirse en las espumeantes ondas del Bremerton, que arrastraron con fuerza los restos de su maderamen.

Sólo quedaron intactos parte de los estribos laterales, pero con un espacio entre los mismos de más de seis metros, imposible de salvar por medios ordinarios.

—Pero ¿quién ha sido el bastardo que...?

Lady Marcela fulminó con una mirada a «Bingo», autor de las anteriores palabras.

—Oiga, pollo, muérdase la lengua cuando esté delante de unas damas —le apostrofó irritadamente—. En todo caso, la única que tiene derecho a hablar mal soy yo, ¿estamos?

«Bingo» parpadeó asombrado. Hacía mucho tiempo que nadie se dirigía a él en semejante forma.

Willows lo vio y sonrió interiormente. Pero había otras cosas que llamaban más su atención.

—Señor Spengler, ¿quién ha volado el puente? —preguntó.

—Sí —exclamó Bella Payne nerviosamente—, ¿quién ha puesto los explosivos...?

—Estamos bloqueados —gruñó Needs, sintiéndose incómodo.

—Hay teléfono —sugirió Ball.

—Aquí no hay teléfono —dijo *lady* Marcela—. Mi hermano no lo quiso nunca en Sharron Castle. Venía a descansar y no quería que le molestasen con llamadas inoportunas.

—Bueno, Bremerton no está tan lejos...

—A doce kilómetros al otro lado del río —masculló Ball.

—¿Qué me dicen de un vado? —preguntó «Bingo».

—¿Con esta crecida? El más próximo está a siete kilómetros hacia el Oeste, pero hasta que no baje el nivel no se podrá cruzar el río —expresó *lady* Marcela.

—Mientras haya comida... —suspiró Willows. Parecía que se presentaba una aventura interesante.

—Algo habrá en la despensa —contestó Spengler.

—Pero, bueno, ¿quién ha sido el autor de la voladura? —preguntó «Bingo».

—¿Y quién demonios lo sabe? —respondió Needs nerviosamente—. ¿Lo sabe usted, abogado?

Spengler movió la cabeza.

También estaba muy nervioso.

—No lo entiendo, no lo entiendo —murmuró.

—Será mejor que pasemos al salón —propuso *lady* Marcela—. Diana, venga conmigo, por favor.

—Usted parece conocerme, *lady* Marcela —dijo la muchacha.

La hermana de *sir* Basil le guiñó un ojo.

—Hasta la semana pasada estuviste atendiendo a la señora Philmount. Es muy amiga mía, ¿comprendes?

Diana sonrió.

—Sí, *lady* Marcela. Yo le conté lo de mi inesperada herencia...

—Y ella me lo contó a mí. —*Lady* Marcela se volvió hacia Willows—. ¿Tu novio? —preguntó.

La enfermera se sonrojó.

—No tengo novio, señora —contestó.

Lady Marcela examinó apreciativamente a Willows, estudiándole de pies a cabeza.

—Pues no está nada mal, no, señor, nada mal... —murmuró, haciendo que los colores aumentaran en la cara de Diana.

—Soy soltero, *lady* Marcela —dijo Willows—, aunque, la verdad, no me disgustaría abandonar este estado en compañía de la señorita Lockhart.

—Joven, eso dígaselo a ella, no me lo diga a mí; yo ya he pasado de la edad de las ilusiones.

—Por ahora no siento deseos de casarme —manifestó Diana.

—Ya llegará el momento —murmuró *lady* Marcela zumbonamente—. Bien, vamos a ver qué hay en la biblioteca.

Los demás estaban ya en el lugar mencionado, una vasta pieza con una enorme chimenea, en donde ardían un par de gruesos troncos. Sobre la mesa vieron platos y copas.

—Notario, ¿dónde está Raymond? —preguntó *lady* Marcela con su vozarrón habitual.

—Pues... yo creía que estaría aquí... —tartamudeó Spengler.

La exuberante dama señaló hacia la mesa.

—Eso está muy bien provisto —gruñó—. No me digas que lo ha preparado el fantasma de mi hermano.

—Su hermano poseía un acusado sentido del humor —contestó el abogado—. No me extrañaría que hubiese dejado instrucciones a Raymond para cuando llegase este momento, ordenándole luego que abandonase la residencia.

—Tal vez. Basil tenía sus manías, desde luego —admitió *lady* Marcela, apoderándose de un succulento bocadillo de jamón y mantequilla.

Los demás estaban ya en torno a la mesa «Bingo», con la boca llena, preguntó:

—¿Hay habitaciones, señor Spengler?

—Sí, desde luego; las suficientes para todos, señor Rockedley.

—¿Cuándo nos va a leer el testamento? —quiso saber Bella.

Spengler tocó la cartera que tenía bajo el brazo izquierdo.

—*Sir* Basil me dio órdenes para que todos siguiéramos las instrucciones que él dejó previamente grabadas, señora.

—Señorita —corrigió Bella despectivamente.

—Previsor que era el tipo —murmuró Needs en tono sarcástico, mientras se apoderaba de una copa llena de vino.

—Entonces, no nos queda otro remedio que, esperar a que hable —dijo Ball.

—Yo no tengo ninguna prisa en oír el testamento —manifestó Willows—. Ya sé que me corresponden dos mil quinientas libras... A propósito, señor Spengler, ¿por qué se acordó de mí *sir* Basil?

El notario se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, señor —contestó.

—Mi hermano era un poco raro a veces —dijo *lady* Marcela—. Oiga, usted —se dirigió a «Bingo»—, ¿quiénes son esos dos tipos que le acompañan y que no han despegado los labios en toda la noche?

—Mis empleados de confianza, señora —contestó el hampón.

—Diga mejor pistoleros, guardaespaldas —concretó Needs venenosamente.

—¡Cielos, jamás Sharron Castle había caído tan bajo! —exclamó *lady* Marcela—. Es la primera vez que entran unos *gangsters en esta casa*.

—Señora —contestó «Bingo» de mal talante—, yo tengo mis negocios legales y no soy en modo alguno eso que ha dicho.

—Entonces, ¿por qué necesita guardaespaldas? ¿Tal vez tiene miedo a los catarros de riñón?

Sonaron algunas risas. El rostro de «Bingo» se puso rojo de ira.

—Si no fuera una mujer... —Gruñó.

—Lo dicho —insistió *lady* Marcela—. Basil estaba algo loco. Claro que, en los últimos tiempos, la muerte del pobre Dick le había trastornado bastante el cerebro. Era su único hijo y su pérdida le afectó como pocas veces he visto a una persona en sus circunstancias.

Después de aquellas palabras, se produjo un espacio de tenso silencio, interrumpido únicamente por unos ligeros silbidos del viento en la húmeda noche que envolvía a Sharron Castle.

Clark Willows miró a algunos de los que estaban presentes en la biblioteca.

Había escrito algo sobre ellos, aunque sin mencionarlos directamente. Carente de pruebas sobre sus actividades, afirmar algo en un periódico sin poder demostrarlo luego, podría haberle costado muy caro.

Pero allí estaban Ball y Bella Payne, los que habían despojado a Dick de su dinero; y Burton Needs, el hombre que le había enviciado con las drogas, convirtiéndolo en un despojo con apariencia escasamente humana; y «Bingo» Rockedley, el hampón que había llegado a sentirse incómodo mientras el hijo de *sir* Basil viviera y que por ello había dado la orden de eliminarlo.

Todos ellos habían intervenido en la ruina y muerte del muchacho y lo sabían, además. El silencio que guardaban tras las palabras de *lady* Marcela era una clara prueba a los ojos del joven periodista.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo de pronto Bella Payne, con una risita forzada—. Esto no es un funeral, que yo sepa. *Sir* Basil murió ya hace algunas semanas y el viejo carcamal...

—Chica, no hables así de mi hermano o te chafo las narices —exclamó *lady* Marcela coléricamente.

Ball apretó el brazo de la rubia.

—Repórtate, no seas estúpida —la apostrofó en voz baja.

Los guardaespaldas de «Bingo» permanecían callados durante todo el tiempo. Willows no dejaba de vigilar el lado izquierdo de sus chaquetas, en donde se notaban unos abultamientos sospechosos.

La voz del difunto se dejó oír de pronto:

—Todos los presentes saben ya las cantidades que les dejo como legado en mi testamento. Todos tuvieron alguna relación, de un modo u otro, con mi difunto hijo Dick, pero deseo expresar de un modo más concreto los motivos que he tenido para acordarme de ellos.

«Ahora bien —siguió la voz—, puesto que siempre fue un poco excéntrico, según la voz popular, aunque la verdad es que hacía cosas que no tenían real importancia sino que, en todo caso, se apartaban un poco de la monotonía de la vida británica, dado que fui un excéntrico, repito, quiero seguir siéndolo después de muerto

y por ello emplazo a todos los presentes para las seis de la mañana del día siguiente, en la sala azul del ala Oeste, Allí, mañana, a las seis en punto, oirán parte de mi última voluntad. Aquel que no esté presente, perderá su derecho a la parte de la herencia que le corresponde. Señoras y señores, ¡buenas noches a todos!».

La voz calló a continuación. *Lady* Marcela meneó la cabeza.

—Absurdo —gruñó.

—Si no fuera por las diez mil libras... —masculló «Bingo».

—Por una suma más o menos parecida, todos aguantaremos aquí, hasta mañana a las seis —dijo Jebthar Ball, resumiendo el sentir general de los presentes.

CAPÍTULO III

Spengler indicó sus habitaciones a los huéspedes. *Lady* Marcela dijo que se iría a la suya, la que solía ocupar en las raras ocasiones en que visitaba a su hermano. El notario no tuvo inconveniente en acceder a la petición de *lady* Marcela.

«Bingo» desapareció bien pronto, seguido de sus dos acólitos. Jebthar Ball y la rubia no tardaron mucho en dirigirse a sus respectivos dormitorios, lo mismo que Needs.

Willows no tenía sueño y se quedó un rato en la biblioteca, contemplando las llamas con aire soñador, Dos mil quinientas libras bien vallan la pena de pasar una noche en Sharron Castle. Y, además, qué diablos, tenía curiosidad por saber los motivos que habían inducido a *sir* Basil a acordarse de él en el testamento.

Diana Lockhart entró en la biblioteca minutos más tarde. Vio al joven y se turbó ligeramente.

—Dispense, no quería molestarle —se excusó.

Willows se puso en pie.

—No es ninguna molestia —contestó galantemente.

—Estoy un poco nerviosa —confesó Diana con leve sonrisa—. Temo no dormirme pronto y por eso he preferido venir aquí, a pasar un poco el rato, en lugar de dar vueltas, insomne, en la cama.

—A mí me sucede algo parecido. Una original manera de legar una herencia, ¿no le parece?

—*Sir* Basil fue siempre un poco excéntrico. Él mismo lo ha dicho... Perdón, lo dijo cuando grabó esa cinta antes de morir.

—Usted era su enfermera personal. ¿Estaba delante cuando grabó sus instrucciones?

—No, ni siquiera llegué a sospechar que se había acordado de mí en su testamento. Yo le cuidaba porque es mi profesión, sencillamente.

—Pero debió de hacerlo muy bien, cuando le deja un legado.

Diana hizo un gesto con ambas manos.

—No estoy en condiciones de rechazarlo —admitió francamente—. A una chica soltera, una recompensa de cuatro mil libras siempre le vienen bien.

—Una dote para el día que se case, ¿no?

—Algo por el estilo —se ruborizó Diana.

—Y si no tuviera esa dote, se la daría yo —exclamó *lady* Marcela, irrumpiendo súbitamente en el salón, detrás de un grueso cigarro que sostenía con los dientes.

Willows parpadeó. *Lady* Marcela sonrió.

—¿No ha visto nunca a una mujer fumando puros, pollo?

—Perdón, señora; no quise que...

—Allí veo una botella de excelente oporto —le interrumpió *lady* Marcela—. Sírrame una copa, joven; si después de cenar no me fumo un habano y me bebo una buena copa de ese maravilloso vino, me parece que me falta algo y no puedo dormir. Para mí, son los mejores sedantes.

—Tenga cuidado con su presión, *lady* Marcela —sonrió Diana.

—¡Bah, tonterías! Estoy fuerte como un roble y no tengo, gracias a Dios, preocupaciones de ninguna índole. Bueno, a veces me acuerdo de mi pobre sobrino Dick. Yo le quería mucho y su muerte también me afectó grandemente.

Willows le entregó la copa llena del excelente vino.

—Era un estupendo muchacho, pero lo estropearon —comentó.

—Una mujer le sorbió el seso. Está aquí —dijo *lady* Marcela, tras beber un poco de la copa—. Tenía dinero y se lo robaron miserablemente en un tapete verde.

—Jebthar Ball.

—Sí. Y Needs, ese condenado tabernero, cuñado de Satanás, le aficionó a las drogas, convirtiéndolo en un guiñapo humano. Para conseguir dinero con el cual poder seguir comprando drogas, se unió a esa banda de forajidos capitaneada por el «honrado» señor Rockedley. Un día, Rockedley se cansó de él y ordenó asesinarle.

Lady Marcela terminó la copa de un solo trago.

Diana estaba horrorizada.

—¿Todo eso le pasó a Dick? —preguntó.

—Sí, hijita, y no toda la culpa fue suya, sino del animal de mi difunto hermano, que se portó con él de una manera harto

intransigente. Basil no comprendió nunca que un hombre es un hombre y nunca es igual a otro congénere, ni aunque sea su padre. Dick se hartó un día y abandonó la casa paterna, eso es todo.

—Todavía quedan muchos padres así en Inglaterra —dijo Willows.

—Se necesita comprensión y flexibilidad y mi hermano no supo tenerla. —*Lady* Marcela se encogió de hombros—. En fin, ya ha pasado. Pero no me explico cómo pudo dejar dinero a esa pandilla de rufianes de ambos sexos.

—Tal vez creía que eran amigos suyos —opinó Willows—. Naturalmente, el muchacho no iba a decir a *sir* Basil la clase de gente que son.

—¿Y usted? —preguntó *lady* Marcela.

Willows se encogió de hombros.

—Cuando murió Dick, yo escribí un par de artículos, comentando el suceso y censurando a sus presuntos autores. *Sir* Basil los leería y le agradaron, eso es todo, supongo.

—Posiblemente —admitió la dama—. Yo también me acuerdo de aquellos artículos. Me gustaron, joven.

—Mil gracias, *lady* Marcela.

—Todavía fue demasiado blando con ellos, muchacho.

—Era imposible «pegar» más, sin exponerse a una demanda por difamación, señora.

—Sí, es verdad. ¿Le han dicho algo ellos?

—No, señora. No han debido de juzgarlo oportuno. A fin de cuentas, van a cobrar unos buenos picos y eso es lo que realmente les importa.

—Eso es verdad —reconoció *lady* Marcela—. Mataron a Dick... y encima se van a llevar una fortuna. ¿No habría modo de hacerles algo?

—¿Qué podría hacerse, señora? —sonrió Willows—. No vamos a empezar a tiros con ellos...

—Se lo merecían —suspiró la dama—. Bien, creo que es hora ya de que nos vayamos a dormir. Mañana tenemos que madrugar. ¿Diana?

—Sí, *lady* Marcela; yo también necesito descansar un poco.

—Acompáñame hasta mi habitación, por favor. Ah, una cosa, señor Willows.

—Clark es mi nombre, señora —sonrió el periodista.

—Bien, Clark, como quiera. Usted ha oído la voz de mi hermano.

—Sí, señora.

—Le diré una cosa... se la diré a los dos. Sinceramente, dudo mucho de que esa grabación sea genuina.

Willows respingó.

—¿Por qué, *lady* Marcela?

—Mi hermano y yo siempre estuvimos un poco encontrados familiarmente —confesó la dama—. Él tenía su genio y yo tengo el mío. Cuando se encuentran el acero y el pedernal, salta la chispa.

—¿Quién era el acero y quién el pedernal? —preguntó Willows, divertido ante aquella declaración.

—Lo mismo da: el orden de los factores no altera el producto —respondió *lady* Marcela sin inmutarse—. Pero sí les diré a los dos una cosa: Basil, mi hermano, no hubiera dejado pasar una ocasión semejante sin zaherirme con alguna de sus pullas. ¿Está claro?

Willows se quedó asombrado.

—Vaya —murmuró.

—Por eso digo que la grabación no me parece genuina, aunque tampoco afirmaré que es falsa. Pero... ¿no acordarse mi hermano de mí, siquiera fuese para hacerme «tururú»?

—¿«Tururú»? —repitió Diana, estupefacta, mientras Willows ponía una cara de idiota imponente.

—Sí, eso mismo, sacar la lengua y burlarse de mí, por no dejarme un solo penique en su testamento. Ésta es una omisión que no me cabe en la cabeza, créanmelo, muchachos.

Después de lo cual, *lady* Marcela agarró el brazo de Diana y se la llevó a remolque. *Lady* Marcela, observó el atónito periodista, se balanceaba al andar como una goleta recién botada al agua.

—¡Qué señora, qué señora! —murmuró, al quedarse solo.

«Bingo» Rockedley se tendió en la cama, vestido, con una pistola al alcance de su mano. Sentíase inexplicablemente nervioso.

Sus dos acólitos, Matt Jemings y Holt Tupper, recibieron la orden de sentarse en sendos sillones y permanecer despiertos toda la noche.

—No quiero que nadie me gaste una broma pesada —dijo el

hampón, en el momento de tenderse en la cama.

Estaba inquieto. Diez mil libras era mucho dinero. Tal vez, de haberle sido mencionada una suma menor, habría enviado al diablo el testamento, pero diez mil libras habían vencido todos sus escrúpulos y por eso se hallaba en Sharron Castle.

Era directamente responsable de la muerte de Dick Ewthorne.

Lo sabía. Él había dado la orden de ejecución y una madrugada, alguien había metido una bala en la nuca del muchacho.

Dick estaba poniéndose incómodo en los últimos tiempos. Cada vez le exigía más dinero y había llegado ya a amenazarle con una denuncia a la policía.

«Bingo» era hombre que no toleraba sublevaciones en el seno de su organización. Liquidando a Dick se desembarazaba de un tipo incómodo, a la vez que lanzaba una advertencia a quienes tal vez sintieran la tentación de imitarle.

Y, desde entonces, la verdad, todo había marchado en la banda como una seda. La muerte de Dick Ewthorne le había librado en un estorbo y había representado una «sana» lección para los demás.

Bueno, si encima le iban a regalar diez mil libras... ¿quién hacía ascos a un pellizco semejante?

Empezó a dormirse y se quedó como un tronco. Por eso no se dio cuenta luego de que sus guardaespaldas se quedaban también dormidos, pero no por descuido.

Ninguno de los dos, ni Jemings ni Tupper percibieron el gas narcótico que inundó la habitación a través de un orificio disimulado en uno de los muros. Era inodoro e invisible, así que, cuando se dieron cuenta, estaban dormidos como maderos.

«Bingo» Rockedley despertó sintiendo en el cuerpo la incomodidad y el envaramiento causados por un lecho duro y poco acogedor. Se pasó una mano por los labios, notaba la boca pastosa y con mal sabor.

Parpadeó varias veces. Algún estúpido había encendido una potente lámpara en el techo que hería directamente sus retinas. Maldiciendo en Voz baja, se sentó en la cama y entonces vio delante de él una reja de hierro.

—¿Eh? —Gruñó, atónito.

Saltó de la cama. Miró asombrado a su alrededor.

Aquella habitación...

¿Por qué no estaba en el dormitorio?

Era una celda, la celda de una cárcel. Él conocía muy bien ese género de establecimientos. Había estado preso más de una vez.

Camastro, mesa, taburete, lavabo e inodoro. No había nada más, salvo una Biblia sobre la mesa.

Y sus ropas...

Asombrado, se vio que estaba vestido con un uniforme carcelario, gris marrón, de recio tejido.

—Pero ¿qué diablos es esto? —aulló, a la vez que saltaba hacia los barrotes de la reja—. ¿Quién me ha gastado esta broma estúpida? ¡Abran, malditos, abran!

La reja resistió todos sus esfuerzos. «Bingo» empezó a sudar.

¿Quién se divertía a costa suya?

CAPÍTULO IV

Ahogando un bostezo, con aire somnoliento, Clark Willows descendió las escaleras y alcanzó el vestíbulo. Faltaban escasos minutos para las seis de la mañana.

—Las cosas que hay que hacer para ganarse dos mil quinientas libras esterlinas —masculló, sintiéndose enervado por una noche pasada casi entera en vela.

Había un hombre de mediana edad aguardando en el vestíbulo.

—Soy Raymond, el mayordomo, señor —se presentó—. Tenga la bondad de seguir por ese pasillo y entrar en la habitación del final, señor.

—De modo que el mayordomo —dijo Willows—. Anoche no le vimos a usted —observó.

—Lo lamento, señor; estaba ocupado —contestó Raymond evasivamente—. Por favor...

Willows se encogió de hombros y se encaminó hacia la puerta señalada por el mayordomo. Estaba entreabierta y la empujó, viéndose ante un espacioso corredor, con algunos cuadros de valor colgados de los muros.

Al fondo había otra puerta. La abrió y se encontró en una habitación empapelada en azul.

Las ventanas estaban ocultas por unas espesas cortinas azules. Willows divisó unas cuantas sillas, repartidas en dos hileras, a la izquierda de la entrada, hacia el fondo.

Eso era todo. No había más muebles y sólo dos lámparas, adosadas al muro situado tras las sillas, iluminaban la estancia.

El techo era de madera de roble, observó Willows distraídamente. Iba a sentarse, cuando apareció Diana.

—Buenos días —saludó la muchacha.

—Hola —dijo él—. ¿Ha dormido?

—Un poco. Estuve un rato de charla con *lady* Marcela. Es una

mujer encantadora.

—Con su genio, claro —sonrió Willows.

—¿Quién no lo tiene? —contestó la muchacha.

Ball y la rubia entraron en aquel momento. Saludaron parcamente y ocuparon dos sillas. Estaban casi silenciosos y lo poco que hablaban lo pronunciaban en voz baja.

Needs entró apenas un minuto después.

—¿Qué tal? —Gruñó lacónicamente.

Y se sentó en otra de las sillas.

Willows consultó su reloj.

—Faltan cuatro minutos —dijo.

Lady Marcela llegó, resoplando como una foca.

—Pensé que llegaría tarde al espectáculo —dijo—. ¿Qué tal han pasado la noche? ¿Les han molestado los fantasmas?

—A menos que lo sea Raymond... —sonrió Willows.

—Es cierto. Ha aparecido. Bueno, luego me enteraré por qué no estuvo anoche para hacernos los honores de la casa... Ah, aquí está el picapleitos. ¡Hola, leguleyo!

Spengler se sonrojó ligeramente.

—*Lady* Marcela —murmuró.

—¿Se leerá el testamento o hablará mi hermano? —preguntó la dama.

—Esperemos a las seis, señora —contestó el notario. Sacó un historiado reloj del bolsillo de su chaleco y miró la esfera—. Faltan dos minutos.

—Y también falta otro de los herederos.

Willows volvió la vista hacia Needs, que era quien acababa de hablar.

—Si «Bingo» no ha venido a las seis de la mañana, que se lea el testamento, es lo acordado —exclamó Ball, muy nervioso.

—Bueno, bueno, no tenga tanta prisa —dijo *lady* Marcela—. El dinero de mi difunto hermano es dinero seguro. Nadie le quitará a usted su parte... aunque, la verdad, no sé por qué *sir* Basil tuvo que dejarle a usted un solo penique.

—Dick y yo éramos muy amigos —protestó el tahúr.

—Tan amigos, que compartían los encantos de la misma desaprensiva señora que tiene a su lado —contestó *lady* Marcela cáusticamente.

Bella se puso en pie para protestar, pero Ball tiró de su mano y la hizo sentarse.

—Déjala, no hagas caso de esa histérica —masculló.

Willows consultó una vez más su reloj de pulsera.

Faltaban cincuenta segundos para las seis.

En aquel momento, se dejó oír la voz de *sir* Basil:

—Siéntense todos y permanezcan atentos. Uno de los amigos de mi hijo Dick va a recibir lo que le corresponde por herencia... y justicia. Él fue quien asesinó a Dick y puesto que las leyes de este país son impotentes para sancionar su acto, lo hago yo, imponiéndole la misma pena que le hubiera impuesto un tribunal en Old Bailey... si se le hubiese podido llevar ante un juez y un jurado. ¡Presten atención a la sentencia!

Willows contuvo la respiración.

¿Qué iba a suceder a las seis de la mañana?

De pronto, se oyó un ligero ruido en el techo.

Eran pies que se arrastraban por el suelo de la habitación de encima. Todas las miradas se fijaron en el techo de madera de roble.

La tensión era inaguantable. Diana se dio cuenta de que se hacía daño en los labios al mordérselos instintivamente y aflojó la presión de sus mandíbulas.

Entonces...

Una vez más, «Bingo» sacudió la reja, a la vez que chillaba como un poseído.

—¡Abran! ¡Abran! —aulló ferozmente.

Una puerta próxima se abrió en aquel momento.

Tres hombres aparecieron ante su vista. Dos vestían uniformes azules. El tercero iba de paisano y llevaba un documento en las manos.

—¿Es usted el llamado Lex Rockedley? —preguntó, impasible.

—Sí, yo soy... ¡pero sáqueme de aquí, demonios!

—Saldrá dentro de unos instantes —contestó el hombre vestido de paisano, sin perder su imperturbabilidad—. Antes escuche lo que tengo que decirle... lo que está escrito en este documento.

—Pero ¿qué me importa a mí...?

—¡Silencio!

«Bingo», aturdido, calló instintivamente.

—¿Estaba soñando?

Presentía lo que iba a escuchar. Pero era un sueño, una pesadilla...

Dentro de poco, despertaría en la habitación en que se había acostado la víspera y se reiría de sus temores.

Sí, una pesadilla...

El hombre vestido de paisano empezó a leer con voz campanuda:

—Lex Rockedley, apodado «Bingo», reconocido autor del asesinato de Richard Ewthorne, a quien ordenó dar muerte en la madrugada del doce de mayo de mil novecientos sesenta y ocho, acto comprobado sin error ni duda posibles, por la presente sentencia se le condena a morir colgado por el cuello hasta que muera. ¡Que Dios tenga piedad de su alma!

«Bingo» abrió la boca estúpidamente.

—No, no puede ser... eso no es cierto... —gimió abyectamente.

El paisano guardó la sentencia en el bolsillo. Luego sacó un tubito y arrojó a la cara de «Bingo» un pequeño chorro de gas.

«Bingo» sintió que todo daba vueltas a su alrededor. No perdió el sentido, pero se dio cuenta de que se quedaba sin fuerzas.

La puerta de la celda se abrió y los dos guardias cruzaron el umbral. Mientras uno le ataba las manos a la espalda, el otro le puso una mordaza en la boca.

Luego, uno de los guardias cortó el cuello de su chaqueta de uniforme. «Bingo» se dejaba hacer sin oponer resistencia.

Estaba plenamente consciente, pero sus músculos parecían de goma, sin consistencia ni poder físico alguno.

Los dos guardias le cogieron por ambos brazos y le sacaron de la celda. «Bingo» caminó como un autómata.

El hombre de negro abrió una puerta. Bingo le siguió instantes después.

Estaba en una habitación cerrada, sin ventanas, enreda en su techo por una sólida viga de hierro, un trozo de carril recio, indestructible.

Una cuerda nueva, oliendo todavía a cáñamo fresco, pendía del centro de la viga de hierro, sujeta a ella por uno de sus extremos. El extremo libre estaba rematado en un lazo.

Los guardias situaron a «Bingo» en el centro de la pequeña habitación, sobre un punto marcado en el suelo con una X hecha con tiza blanca. Uno de los guardias dio con sus rodillas unos golpecitos en las corvas al *gángster para hacer que se situara justamente en el punto deseado.*

Rockedley lloraba. Quería hablar, pero la mordaza se lo impedía.

El lazo se cerró en torno a su cuello. Alguien le puso un negro capuchón sobre la cabeza. Las imágenes desaparecieron de su vista.

El hombre de paisano consultó su reloj. Luego miró a uno de los guardias e hizo un signo con la cabeza.

El guardia agarró el mango de una palanca situada a la derecha del condenado. Era una palanca similar a la de los cambios de vía en los ferrocarriles.

La vista del hombre de paisano estaba fija en la esfera de su reloj. Su mano derecha estaba ligeramente levantada. El guardia que empuñaba la palanca le miraba fijamente.

El segundero del reloj cubrió su carrera. A las seis en punto, la mano del director de la operación se bajó bruscamente, apenas medio minuto después de haber sido puesto el lazo en torno al cuello del condenado.

La palanca se movió hacia atrás. Una trampilla se abrió en dos mitades bajo los pies del hampón y «Bingo» se precipitó por el hueco hacia la eternidad.

* * *

Arriba, en el techo de la habitación azul, se oyó un ligero gañido. Un instante después, todos los presentes vieron que se abría una trampa de dos hojas, que giraron verticalmente. Al mismo tiempo, un cuerpo humano se precipitaba por la abertura.

Se oyó un alarido de horror. El seco estrechón de la cuerda alrededor del cuello de «Bingo» y su chasquido, se confundieron con el espeluznante crujido de las vértebras al romperse en la caída. El cuerpo del hampón pegó un par de saltos, suspendido del lazo, y luego se quedó quieto, girando lentamente a derecha e izquierda.

Bella Payne se desmayó. Rodó de la silla al suelo, pero nadie le prestó atención.

Diana Lockhart se tapó la cara con las manos. A su lado, *lady* Marcela estaba con la boca abierta, mascullando palabras sin

sentido.

Ball temblaba convulsivamente de pies a cabeza. En cuando a Willows, se sentía atónito y horrorizado a un tiempo.

Años atrás, había asistido a una ejecución. No se podía decir que estuviese curtido en semejante género de espectáculos, pero el haberlo presenciado unos segundos antes de que se produjera, le hizo soportarlo algo mejor que los restantes.

La trampilla estaba abierta. Arriba se movía alguien.

Willows reaccionó. El techo estaba a poco más de tres metros de distancia.

Willows cogió su silla y la puso bajo la trampilla, junto al ejecutado. Luego dio unos pasos hacia atrás.

Tomó carrerilla y aprovechó la silla para ayudarse en su salto hacia arriba. Estiró los brazos y pudo agarrarse al borde de la abertura.

Tres hombres escapaban por una puerta lateral. Uno de ellos oyó los ruidos que procedían de la parte inferior y se volvió. Entonces vio las manos y la cabeza del joven periodista.

Gritó algo a sus compañeros. Uno de ellos le dio una orden.

El hombre, que vestía un uniforme azul, similar al empleado por los funcionarios de las cárceles británicas, retrocedió a la carrera y se acercó a la trampilla. Con el tacón, golpeó las manos de Willows.

El joven gritó de dolor. Sus dedos perdieron fuerza y cayó hacia atrás.

En el último momento, pudo ver una cara cuadrada, con una cicatriz en forma de ángulo bajo la mejilla izquierda. El vértice de la cicatriz señalaba hacia la mandíbula del mismo lado.

Luego cayó de espaldas y rodó por el suelo. Diana se precipitó a ayudarlo, dando un rodeo para evitar chocar con las piernas del ahorcado.

—Estoy... bien... —jadeó Willows, sentándose en el suelo—. Ese tipo... me machacó los nudillos...

Lady Marcela se puso en pie de pronto.

—Los asesinos escaparán —gritó—. Es preciso impedirles la huida.

Willows se puso en pie. Diana se esforzaba por evitar la contemplación del cuerpo del hampón.

El notario parecía como alelado. Un poco más allá, Ball se

esforzaba por revivir a Bella Payne.

El periodista corrió hacia la puerta y quiso abrirla.

—¡Imposible! —exclamó unos segundos después—. ¡Está cerrada con llave!

CAPÍTULO V

Bella Payne sollozaba monótonamente, aunque casi sin hacer ruido. *Lady* Marcela tenía las facciones contraídas.

—Vaya con mi hermanito —gruñó.

Burton Needs se acercó a la dama.

—Señora, usted conoce este maldito castillo. ¿Cómo se puede uno largar de él? Renuncio a mi herencia, desde luego; mi pellejo me importa muchísimo más.

Lady Marcela miró al hombre de pies a cabeza.

—Abra esa puerta y podrá salir —contestó—. O trepe por el cuerpo del muerto y salga a la habitación de arriba.

Needs emitió un bufido. Willows hizo una proposición.

—Entre todos, presionando con fuerza, podremos hacer saltar la cerradura —dijo—. Vamos, ayúdenme los hombres.

Ball dejó a Bella al momento. Con Needs y el notario, se acercó a la puerta. Cuatro hombros presionaron a un tiempo y la cerradura saltó con fuerte chasquido.

Willows estuvo a punto de caer, pero recobró el equilibrio y echó a correr hacia la salida. Abrió el gran portón y miró en todas direcciones.

No se veía el menor signo de vida humana. Era evidente que los asesinos de «Bingo» habían tenido tiempo sobrado de escapar.

—Pero no han podido cruzar el Bremerton —dijo Diana, tras él.

—Por aquí, no —habló *lady* Marcela—, pero sí a siete kilómetros, dónde está el vado. No se puede pasar ahora a pie, aunque es de suponer que tuvieran algún bote de goma preparado para cruzar al otro lado.

—¿Y cómo han llegado al viejo vado? —preguntó Willows.

Lady Marcela tendió la mano, señalando un punto.

—Ese camino —indicó—. Pero no se moleste en correr tras ellos. Habrán ido en automóvil y en cinco minutos se habrán puesto a

remar.

—Y dentro de la habitación azul hemos perdido más tiempo —murmuró Willows desanimado.

De súbito, Diana recordó un detalle.

—Señor Willows...

El joven se volvió hacia ella.

—Dígame, señorita Lockhart.

—«Bingo» tenía guardaespaldas. ¿Dónde están?

Willows miró alternativamente a las dos mujeres.

—Es cierto —dijo.

—Creo que pernoctaron en la misma habitación que él —manifestó *lady* Marcela.

—Vamos a verlos —propuso el joven.

Los tres se dirigieron hacia el piso superior. Instantes después, la propia *lady* Marcela abrió la puerta del dormitorio.

—¡Mírenlos! —exclamó.

Uno de los pistoleros yacía en el suelo, al pie del sillón donde se había quedado dormido. El otro continuaba en el sillón, roncando aparatosamente, con la cabeza apoyada en el respaldo.

—Están muertos —chilló Diana.

—No, dormidos solamente —rectificó el periodista. Se acercó a Tupper, que era el que continuaba en el sillón, y lo sacudió por un brazo, sin conseguir despertarlo—. Deben de haberlos narcotizado —sugirió.

—Entonces, ya se despertarán —gruñó *lady* Marcela—. Dejémoslos dónde están y...

—Un momento —exclamó Willows—. Cuando se despierten y se enteren de que su jefe ha muerto ahorcado, se pondrán furiosos. No tengo ganas de que me den un mal rato.

Registró a Tupper y le quitó una pistola que llevaba en la funda sobaquera. Hizo lo mismo con Jemings y luego de guardar las armas, se dirigió hacia la puerta.

—Usted tiene razón, *lady* Marcela —dijo—. Ya se despertarán. ¿Vamos?

Fuera del dormitorio, los tres sostuvieron una pequeña conferencia.

—Ahora, los que corren peligro de represalias son los otros —dijo la dama—. Más o menos, intervinieron en la ruina de mi

sobrino.

—*Sir* Basil debió de haber recurrido a la justicia —opinó Willows—. Dinero no le faltaba para contratar a los mejores abogados...

—A mí se me está ocurriendo una idea —habló *lady* Marcela con aire pensativo.

Willows y Diana la contemplaron con aire expectante. Después de un segundo de pausa, la dama dijo:

—La idea consiste en interrogar a ese carcamal de Raymond. Hay algunas cosas nada claras en este asunto y es preciso averiguar la verdad.

—Tiene usted razón, *lady* Marcela —convino el joven—. Pero ¿dónde está el mayordomo?

—Vamos abajo. No tardaremos en hacerle salir de su cubil.

Se dirigieron a la escalera y emprendieron el descanso. Cuando llegaban al vestíbulo, oyeron voces excitadas que procedían de la biblioteca.

Jebthar Ball estaba loco de cólera.

—Vinimos aquí a escuchar la lectura de un testamento, no a presenciar la venganza de un demente. ¿Por qué no hace usted algo, señor Spengler? Usted era el abogado de *sir* Basil...

—Estoy tan sorprendido como usted, señor Ball —confesó el notario—. Al revisar los papeles de *sir* Basil, después de su muerte, encontré un sobre con instrucciones. En él me fijaba la fecha de la lectura del testamento y los nombres de los beneficiarios, así como las cantidades que debían percibir. También daba instrucciones.

—¿Para poner el cuello dentro de un lazo? —preguntó Bella agriamente.

—A mí me importa un rábano el dinero —refunfuñó Needs—. Lo que no quiero es que me cuelguen como a «Bingo».

—¡Pero no podemos salir de aquí! —exclamó Ball.

Spengler hizo un gesto de resignación.

—Yo no tengo la culpa de que el puente haya sido volado y que el río baje tan crecido.

—Lo cruzaré a nado... —empezó a decir Ball.

—Sería una locura. Las aguas bajan muy frías y le entumecerían los músculos. Además, la fuerza de la corriente le arrastraría. Podría

morir ahogado.

Ball lanzó una maldición.

—Entonces, ¿hemos de aguardar aquí a que nos maten como corderos?

—¿No hay ningún otro sitio para cruzar el río? ¿No hay más puentes? —preguntó Bella.

El más próximo está a veintitantos kilómetros —contestó el notario—. Tengan en cuenta que este lado del río está prácticamente deshabitado y...

—En resumen, que tenemos que continuar aquí.

—Ustedes no tienen por qué sentir temor alguno, creo yo —dijo el notario sosegadamente—. A fin de cuentas, «Bingo» fue el que ordenó la muerte del pobre Dick.

—Sí, pero ¿quiénes lo ahorcaron? —inquirió Needs.

—Una buena pregunta —exclamó *lady* Marcela, irrumpiendo en el salón en aquel momento—. ¿Quiénes colgaron a ese bandido?

Hubo un momento de silencio.

—Es evidente que *sir* Basil dejó también instrucciones en ese sentido —intervino Willows—. ¿A quién, señor Spengler?

El notario se encogió de hombros.

—Todo esto es terriblemente desagradable para mí —respondió—. Sé de este malhadado asunto tanto como ustedes.

—¿Están seguros de que *sir* Basil murió?

Varios pares de ojos se volvieron hacia Bella Payne, que era quien acababa de hablar.

—¡Cómo! —exclamó *lady* Marcela—. ¿Insinúa usted que mi hermano simuló su muerte, para poder vengarse mejor?

—Y si no fue así, ¿quién lo hace por él? —contestó Bella con aire desafiante.

—*Lady* Marcela —habló Willows—, usted era hermana de *sir* Basil. ¿Lo vio después de muerto?

Siguió un instante de silencio.

—Yo estaba fuera de Inglaterra cuando sobrevino su muerte —contestó *lady* Marcela al cabo—. Pero Spengler, en su calidad de notario y abogado del difunto tuvo que verlo.

—Está muerto —aseguró el aludido con firmeza—. *Sir* Basil no...

—Entonces, ¿quién diablos ha ahorcado a «Bingo»? —explotó

Ball.

—Me parece que estamos dando palos de ciego —dijo Willows en tono mesurado—. ¿Por qué no nos ocupamos de interrogar al mayordomo?

—Lo que ha sucedido aquí no demuestra precisamente improvisación —manifestó *lady* Marcela—. Las cosas se han venido preparando durante mucho tiempo y, forzosamente, Raymond tuvo que colaborar en esa preparación.

Ball se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—Voy a buscarlo ahora mismo —dijo irritadamente.

—¡Espera, no me dejes sola! —chilló Bella, invadida por el pánico.

—¿Cree que la vamos a ahorcar los demás? —murmuró Needs sarcásticamente.

Lady Marcela se sentó en una silla.

—Es inútil —murmuró—. Raymond se habrá largado, con los otros.

Willows encendió un cigarrillo.

Reflexionó.

«Bingo» había muerto, como venganza por haber ordenado el asesinato de Dick Ewthorne. ¿Era posible que *sir* Basil hubiese previsto todo con tal meticulosidad para que «Bingo» fuese ahorcado varias semanas después de su muerte?

En tal caso, ¿qué suerte iban a correr los otros?

Ball y la rubia habían desplumado a Dick. En cuanto a Needs, era el culpable de que el muchacho se hubiese convertido en un incurable adicto a las drogas, lo que más tarde le había llevado a su funesta relación con el *gángster*.

¿Y ellos dos, él y Diana?

Miró a la muchacha. Diana estaba sumamente pálida.

—Sería interesante que fuésemos a la cocina a tomar algo —propuso.

Lady Marcela se incorporó de golpe.

—¡Buena idea! —aprobó—. Vengan conmigo.

Needs y Spengler continuaron en el salón. Precediendo a los dos jóvenes, *lady* Marcela llegó a la cocina y enchufó un hornillo eléctrico. Luego puso agua a calentar y acto seguido entró a hurgar por las alacenas.

—Después registramos el castillo a fondo —dijo, mientras se movía activamente de un lado para otro—. Aquí ocurren cosas raras que me interesa esclarecer.

—No es lo malo que ocurran cosas extrañas, sino que pueden ocurrir más todavía —contestó Willows.

—¿Qué es lo que quiere decir, muchacho?

—Muy sencillo, *lady* Marcela. En Sharron Castle hay todavía tres personas que dañaron gravemente a Dick.

—Es cierto.

—¿Querrá vengarse también *sir* Basil de esas tres personas?

—¡Mi hermano está muerto! —protestó la dama.

—Me hubiera gustado tanto hablar con Raymond... ¿Dónde enterraron a su hermano, *lady* Marcela?

—En el panteón familiar, por supuesto.

—¿Aquí?

—No. Ninguna de las sepulturas de la cripta ha sido tocada en un siglo por lo menos. Está en un pequeño cementerio, cerca de...

Un horrible alarido interrumpió de pronto a *lady* Marcela.

Diana se puso pálida. El alarido se repitió.

—¡Está muerto... muerto! —chillaba Bella Payne, con voz de loca.

CAPÍTULO VI

Willows se precipitó fuera de la cocina y llegó al vestíbulo, justo en el momento en que Bella descendía las escaleras del piso superior corriendo enloquecida.

Ball trataba de alcanzarla.

—¡Bella, quieta, aquí! —gritaba frenéticamente.

Pero la rubia no le hacía caso.

Parecía haber perdido la razón.

—Yo me voy de aquí... No quiero permanecer en el castillo un solo minuto más...

Willows se cruzó ante ella y la agarró por los hombros, zarandeándola con fuerza.

—Cálmese, señorita Payne. Procure conservar la serenidad...

Bella parecía presa de un fuerte ataque de histeria. Ball llegó junto a ella y le pegó dos bofetadas muy seguidas, que tuvieron la virtud de hacerle prorrumpir en un mar de lágrimas.

—Llévesela y procure calmarla —dijo Willows—. ¿Quién es el que está muerto? —inquirió.

—Raymond, el mayordomo. Arriba, en uno de los áticos...

Diana exhaló un gemido. Tras ella, *lady* Marcela masculló algo entre dientes.

—Mi hermano no ha hecho esto, mi hermano no ha hecho esto... —repitió una y otra vez.

—Esperen aquí —dijo Willows—. Volveré lo antes posible.

Subió al primer piso. En el fondo del corredor, divisó una puerta abierta.

Una escalera de angostos peldaños conducía a los áticos y buhardillas de la mansión. Allí, en otros tiempos, era donde la servidumbre había tenido sus alojamientos.

La escalera se prolongaba también hacia abajo, pero por otro lado, a fin de que, a menos que fuesen requeridos directamente, los

criados pudieran subir y bajar sin pasar por la parte destinada a los dueños de la mansión y sus huéspedes. La escalera terminaba por abajo en un cuartito contiguo a la cocina.

Willows emprendió la ascensión. No tardó en divisar una puerta abierta de par en par.

Al otro lado de la misma divisó el cuerpo de un hombre caído en el suelo. Estaba boca abajo y tenía un brazo escondido por su propio cuerpo. Willows se sorprendió de no verle ninguna herida, como tampoco logró ver manchas de sangre en torno al cadáver.

«Quizá esté solo desmayado», pensó.

Se arrodilló junto al caído y pronto comprobó que, efectivamente, era Raymond. Entonces vio en su nuca una fuerte hinchazón.

Las causas de la muerte se hicieron ahora perceptibles. Alguien había golpeado a Raymond, fracturándole el cráneo.

Willows tocó su mejilla. Estaba fría.

Al menos llevaba un par de horas muerto, dedujo. Pero ¿quién le había matado?

Consultó la hora. Le parecía que había pasado una enormidad de tiempo desde que vieran aparecer a «Bingo» por el escotillón, colgado de una cuerda, pero sólo eran las siete y media.

Examinó la habitación con todo cuidado. Era un dormitorio destinado a la servidumbre, no cabía la menor duda. Pero hacía tiempo que no se utilizaba, como lo demostraba la ligera capa de polvo que cubría los muebles y el suelo.

Impresas sobre el polvo, Willows divisó varias pisadas humanas. Algunas de ellas pertenecían al tahúr y a Bella Payne. Otras eran suyas.

Los zapatos del muerto tenían una suela que permitía identificar sus pisadas sin dificultad. Pero Willows pudo captar la impronta de unas pisadas que no pertenecían a ninguno de ellos.

Eran huellas de unos pies casi de gigante. Por un momento, había llegado a sospechar del notario, pero desechó tal pensamiento casi en el acto.

—Lo menos mide un metro noventa y pesa entre noventa y cien kilos —calculó a media voz la envergadura del presunto asesino.

Ello significaba que el asesino era un sujeto de excepcional robustez. Pero ¿dónde estaba en aquellos momentos?

—Ha huido con los otros —dijo desanimadamente.

Se puso en pie y se limpió las rodilleras de manera maquinal. ¿Qué hacer ahora?

Dos personas habían perdido la vida violentamente. Con independencia de su catadura moral, sobre todo en lo que se refería a Rockedley, eran dos asesinatos.

Y había que avisar a la policía, pero no podían hacerlo, porque estaban bloqueados.

Regresó a la planta. Diana y *lady* Marcela le aguardaban en el vestíbulo. Los otros estaban en el salón.

—Es el mayordomo, no cabe la menor duda —dijo Willows.

—¿Cómo lo han matado? —preguntó la mano.

—Le rompieron la base del cráneo con un objeto contundente, posiblemente forrado con una tela gruesa, a fin de evitar la efusión de sangre. Su muerte debió ser instantánea.

—Dios mío —murmuró Diana—. Esto es horrible... un criminal suelto por el castillo...

—No está ya aquí. Se marchó con los que ahorcaron a «Bingo».

—¿Y por qué lo mataron? Al mayordomo, me refiero.

—Ayudó en la preparación de los escenarios. Luego les interesaba su silencio —contestó Willows.

Lady Marcela asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

—Así ha debido de ser —concordó. Luego lanzó un profundo suspiro—. Bien, tendremos que esperar a que decrezca el nivel del río para intentar pasar al otro lado por el vado.

—¿No se podrían hacer señales a Bremerton de alguna manera? —sugirió Diana.

—Está a demasiada distancia para que las vieran. A menos que incendiemos el castillo...

—Sería un recurso exagerado —opinó el periodista—. Creo que el tiempo tiende a mejorar. En ese caso, dentro de un par de días las aguas habrán bajado lo suficiente como para intentar la travesía sin grandes riesgos.

—¿Lo hará usted? —preguntó Diana.

—Desde luego. Pero buscaré una cuerda y la ataré a mi cintura, no sea que la corriente me arrastre todavía.

—Nosotros le ayudaremos —prometió *lady* Marcela—. En este condenado asunto está implicado el nombre de mi hermano y yo

quiero que quede limpio de toda sospecha. Muerto o no, su inocencia debe resplandecer.

—Bien —dijo Willows—, ahora, *lady* Marcela, querría pedirle un favor.

—Por supuesto, muchacho. ¿De qué se trata?

—He observado huellas en torno al cadáver. Hay polvo en el suelo y las pisadas se notan claramente. Unas, indudablemente, pertenecen al asesino. ¿Le importaría echarles un vistazo, *lady* Marcela?

—En absoluto. ¿Vamos?

Diana dudó un momento, pero al fin se decidió por acompañarles. Mientras subían por la escalera, Willows expresó sus deducciones.

—El asesino, según las huellas, es un hombre muy alto y pesado. Debe de medir casi un metro y noventa centímetros y su peso bordea el centenar de kilos.

—Mi hermano era mucho más liviano —dijo la dama simplemente.

—¿Hace mucho que murió Raymond? —preguntó Diana.

—Unas dos horas... bueno, algo más, teniendo en cuenta el rato que ha pasado desde que yo lo vi —contestó Willows.

—Entonces, murió antes que «Singo».

—Así lo creo yo, señorita Lockhart.

Llegaron al piso superior y buscaron la escalera que conducía a los áticos. Willows iba en cabeza, guiando a las dos mujeres.

Pronto llegó a la habitación donde había muerto Raymond. Se detuvo ante la entrada con aire de perplejidad.

—¿Qué le pasa, Clark? —preguntó *lady* Marcela.

Willows frunció el ceño.

—Es raro —murmuró—. La puerta está cerrada...

—Lógico, ¿no?

—Sí, si la hubiese cerrado yo. Pero no recuerdo haberlo hecho al salir de la habitación.

Lady Marcela lanzó una exclamación. Diana se puso pálida.

—Abra, Clark —gruñó la dama impaciente.

Willows asió el picaporte e hizo girar la puerta. Inmediatamente, una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

Diana miró por encima de los hombros del joven, quien parecía

petrificado por el asombro. Junto a ellos, *lady* Marcela resumió la situación con una frase harto gráfica:

—¡El muerto ha volado!

Efectivamente, la habitación estaba vacía.

El polvo del suelo, si bien no había desaparecido por completo, ya no conservaba huellas. Alguien se había preocupado de borrarlas, pasando un trapo por los lugares más críticos, de modo que todo rastro del asesino había sido hecho desaparecer.

—*Lady* Marcela, ¿hay en alguna parte un plano de Sharron Castle?

La pregunta procedía de Willows. *Lady* Marcela meneó la cabeza.

—Si lo hay, yo no sé dónde está —contestó—. ¿Para qué quiere ese plano?

—Raymond ha sido escondido en alguna parte. Y el asesino debe de andar por algún cuarto o pasadizo secreto. El plano podría darnos una información muy valiosa al respecto.

—Lo siento, muchacho; no puedo complacerle, porque eso es algo de lo que no me he preocupado jamás.

—¿Por qué no se lo pregunta al señor Spengler? —sugirió Diana.

—No creo que el notario lo sepa —dijo *lady* Marcela—. Él no se ocupaba sino de los asuntos legales de mi hermano. A Sharron Castle no había venido sino en contadas ocasiones. Él no era el conservador del castillo.

—¿Quién desempeñaba tales funciones?

—Raymond. Y está muerto.

Willows asintió.

El caso se complicaba preocupantemente. Un muerto se estaba vengando de varios vivos, burlándose despiadadamente de ellos antes de conducirlos a la muerte.

Los otros estaban en la biblioteca. Needs apareció de pronto en el vestíbulo.

—¿Qué ha sido del asesino? —preguntó.

—No sabemos nada —respondió Willows.

—Y el cadáver ha desaparecido —agregó Diana.

Needs palideció.

—Tuve una maldita idea al venir aquí —masculló.

—Le esperaban un montón de libras esterlinas —dijo *lady* Marcela irónicamente.

El tabernero la miró con aire enojado.

—Dick y yo fuimos muy amigos —repuso.

—Tan amigos, que le hizo vivir sus últimos días en un «paraíso artificial», ¿no es cierto?

—Calumnias, señora. En mi establecimiento no se han expendido jamás drogas.

—Me parece que lo único que no se ha vendido en su infecta taberna son biblias.

Needs enrojeció violentamente.

—No es mi costumbre responder a los insultos de las damas —contestó con aire de ofendida dignidad—. Dispénsenme, pero quiero descansar un poco. He pasado muy mala noche.

—Felices sueños —le deseó *lady* Marcela con ironía.

De nuevo se quedaron solos los tres.

Willows dijo:

—No tenemos más remedio que hacer una cosa: registrar el castillo de arriba a abajo. Con permiso de *lady* Marcela, por supuesto.

—Lo tiene por mi parte, muchacho —accedió la aludida—. Pero todavía no nos hemos desayunado. Y las emociones me han abierto el apetito.

—Yo no tengo ganas... —dijo Diana débilmente.

—¡Tonterías! Dejando la tripa vacía, no conseguirás beneficios precisamente, muchacha —dijo *lady* Marcela con su acostumbrada rudeza—. Vamos a la cocina; allí prepararé algo y lo comeremos aunque se nos hunda el techo.

Willows sonrió, complacido por el valor que demostraba la impetuosa dama. Aquellas palabras reanimaron un tanto el decaído espíritu de Diana, quien, llegado el momento, mostró tener más apetito del que decía.

Estaban terminando de desayunar, cuando entraron dos hombres.

Eran los guardaespaldas de «Bingo».

—Estamos buscando al patrón —dijo Jemings.

—Lo tienen en la habitación azul —indicó *lady* Marcela sin inmutarse—. Al fondo del vestíbulo, a la izquierda según se entra,

hay una puerta que da a un pasillo. Sigán esa ruta y lo hallarán.

Tupper se pasó una mano por la frente.

—Nos han narcotizado —se quejó.

—Y hemos dormido toda la noche sin enterarnos de nada —agregó su compinche—. ¿Qué ha pasado mientras?

—«Bingo» ha muerto —anunció Willows escuetamente.

Los dos pandilleros pusieron cara de asombro.

—No diga tonterías —rezongó Jemings de mal humor.

—El señor Willows no es un mentiroso —dijo Diana.

—A su amo lo colgaron de la misma forma que se cuelga a los asesinos en la prisión de Pentonville —terció *lady* Marcela.

Tupper abrió la boca de par en par.

—¿Es... es cierto eso? —preguntó estúpidamente.

—Ciertísimo. ¿Por qué no van a verlo ustedes mismos?

Hubo un momento de desconcierto. Los dos pandilleros permanecían inmóviles.

Willows se dio cuenta de que Jemings y Tupper no sabían qué hacer. Seguramente, dedujo por la expresión de sus rostros, pensaban que se estaban burlando de ellos.

—No nos gustan las bromas pesadas —rezongó Tupper.

—Y cuando alguien dice tonterías, yo se las devuelvo así, de esta manera... —añadió Jemings a la vez que echaba mano al interior de su chaqueta.

Pero la funda de su pistola estaba vacía. Al ver la cara que ponía, Willows se echó a reír, a la vez que se desabrochaba la chaqueta y enseñaba las culatas de las dos pistolas que guardaba en la pretina de los pantalones.

—Lo siento, amigos —dijo—. Tampoco a mí me gustan las bromas.

Jemings le apuntó con el índice, coléricamente.

—¡Ha sido usted...!

—¡Imbécil! —le apostrofó *lady* Marcela—. ¿Cree que todos son como ustedes y el animal de su patrón? «Bingo» ha muerto y bien muerto está, pero no hemos sido ninguno de nosotros.

—Y ustedes no nos merecen ninguna confianza, armados o desarmados. Pero les preferimos desarmados —añadió Willows.

Hubo una corta pausa de silencio.

De súbito, se oyó un espantoso chillido.

Diana se puso pálida. Willows miró hacia la puerta.

El chillido se repitió, seguido de una enternecedora carcajada de demente.

—Parece Needs... —dijo Willows.

—Salgamos a ver qué le pasa —propuso *lady* Marcela.

Las carcajadas continuaban, cada vez más fuertes y estentóreas. Temiendo algo horrible, Willows se lanzó a la carrera hacia la puerta de la cocina.

CAPÍTULO VII

Cuando llegó al vestíbulo, Burton Needs lo cruzaba bailando y saltando demencialmente, todo ello sin dejar de reír y pronunciar a gritos frases incoherentes, cuyas palabras apenas se entendían.

—Ayúdenme a sujetarlo —pidió Willows.

Pero en el mismo momento, Needs abrió la puerta y se lanzaba al exterior. Reía de una manera que erizaba los cabellos.

Willows le siguió a la carrera. Needs, sin embargo, le había tomado una considerable delantera, porque había acelerado el paso súbitamente.

—¡Needs! ¡Párese! —gritó el joven.

Era evidente que Needs había perdido el juicio, siquiera fuese momentáneamente.

—Me voy de aquí, me voy de aquí... —gritaba, a la vez que corría frenéticamente hacia el río.

Willows palideció. Needs estaba fuera de sí. No se daba cuenta de lo que hacía.

Pero apretó el paso y se le acercó. Alargaba ya la mano para cogerle por el cuello de la chaqueta, cuando Needs, dando un gran salto, se precipitó en las turbulentas ondas del Bremerton.

El tabernero se sumergió con gran alboroto de espuma. Emergió un momento a la superficie, agitando las manos frenéticamente.

Willows contempló la escena petrificado por el horror. Había creído que la frialdad del agua devolvería la cordura a Needs, pero no fue así.

Al asomarse, Needs continuaba riendo. Fue una rápida visión que duró muy pocos segundos. Instantes después, un turbión de agua de color arena lo envolvió en sus mortales ondas y el tabernero se hundió definitivamente en la veloz corriente.

Willows se sentía anonadado. No era un suicidio propiamente dicho; Needs no había muerto por su voluntad. Algo había

trastornado su mente. ¿Qué le había sucedido en su habitación?

Regresó a Sharron Castle.

Lady Marcela y los demás estaban en la puerta.

—Se ha ahogado —dijo dramáticamente.

Ball cerró los puños.

—¿Es que nos van a matar a todos aquí? —gritó descompuesto.

Willows le miró con serenidad.

—¿Tiene su conciencia tranquila? —preguntó—. Porque en ese caso, no debe tener motivos para temer la venganza de *sir* Basil.

—La venganza de un muerto —dijo Spengler sombríamente.

—¡Absurdo! —barbotó *lady* Marcela—. ¡Los muertos no matan!

Hubo un momento de silencio.

—Yo me siento mal... —dijo Bella Payne.

—Atiéndala —gruñó la dama, dirigiéndose a Ball.

El tahúr y su amiga entraron de nuevo en el castillo. Spengler y los dos pandilleros les siguieron a continuación.

—Tendríamos que hacer una balsa o algo por el estilo para pasar al otro lado —propuso Jemings.

—En estas casas viejas hay chimeneas y donde hay una chimenea, hay leña, y donde hay leña, hay un hacha para partirla —manifestó Tupper.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su compinche.

—Muy sencillo. Con un hacha, se pueden cortar árboles y con los árboles se puede hacer una balsa para pasar al otro lado de ese maldito río.

—Tienes razón, Holt. Vamos a buscar el hacha.

Willows entró en la casa, acompañando a Diana y *Lady* Marcela...

—Yo me pregunto qué es lo que habrá enloquecido a Needs —dijo la muchacha momentos después.

—Estaba sereno no hace ni media hora —murmuró *lady* Marcela—. Dijo que había pasado mala noche y que se iba a descansar...

—¿Tomaría algún sedante? —sugirió la muchacha, mirando a Willows con aire inquisitivo.

El periodista parecía reflexionar.

—Espérenme aquí unos minutos —rogó—. Volveré enseguida.

Y acto seguido, se dirigió hacia la escalera.

Momentos después, entraba en la habitación de Needs.

Todo estaba, aparentemente, en orden. Desde la entrada, Willows escrutó cuidadosamente el panorama.

De pronto, divisó algo que llamó su atención.

Había un vaso de vidrio sobre la mesilla de noche. El vaso contenía cierta cantidad de líquido, aproximadamente un tercio de su capacidad total.

Willows cruzó el umbral. De pronto, oyó ruido a su espalda.

Quiso volverse. En el mismo instante, le pareció que su cabeza estallaba en mil pedazos.

Empezó a caer, viendo con asombro que el suelo se le acercaba rapidísimamente. Luego, de pronto, todo fue oscuridad a su alrededor.

Alguien le llamaba. Pero estaba muy lejos y apenas podía oír su voz.

—Clark, Clark...

—Señor Willows...

El periodista hizo un esfuerzo. Ondas de dolor lancinante giraban con bramadores torbellinos en torno a su cráneo. Quiso abrir los ojos, pero se sintió deslumbrado y los cerró en el acto.

—Trae un vaso con agua —pidió *lady* Marcela a Diana.

La joven salió de la habitación. Momentos después, volvía y trataba de hacer beber al periodista.

—Para beber, tráele coñac. El agua es para otra cosa —dijo *lady* Marcela; y sin más, arrojó el contenido del vaso a la cara del periodista.

Willows sacudió la cabeza.

—Ya está bien —gruñó—. Suelo ducharme a diario, *lady* Marcela.

La dama sonrió jovialmente.

—El buen humor es signo indudable de ganas de vivir —manifestó—. ¿Puede sentarse?

—Lo intentaré. Me parece como si la cabeza estuviera a punto de estallarme.

—Y es natural, sobre todo, si una se fija en el chinchón que tiene en la nuca. ¿Quién le atizó, muchacho?

—Eso es lo que yo quisiera saber, *lady* Marcela.

Diana entró en aquel momento con una copa en la mano.

—Beba, Clark —indicó.

Willows tomó un par de sorbos. El licor le entonó considerablemente.

—Me siento mejor —dijo.

Ayudado por las dos mujeres, se puso en pie.

—Nos alarmamos al ver que tardaba —dijo Diana.

—Y subimos para averiguar qué había pasado —añadió *lady* Marcela.

—Entonces le vimos caído en el suelo...

—Y nos llevamos el gran susto.

Diana miró al joven.

—Temimos lo peor, Clark —murmuró.

Willows se frotó la nuca.

—No ha sido nada agradable —comentó—. El tipo... bueno, mi atacante me golpeó a placer.

—Pero ¿por qué le pegó? —inquirió *lady* Marcela.

—Bueno, eso es algo que no sé muy bien. Yo entré aquí... y de repente oí pasos a mi espalda. Es todo lo que recuerdo.

—¿Cómo es posible que le atacasen sin ningún motivo? —exclamó Diana.

Willows frunció el ceño.

—¿Sin motivo? —repitió.

Y, de súbito, recordó un detalle que con el aturdimiento lógico del despertar se le había pasado por alto.

Giró en redondo y dirigió la vista hacia la mesilla de noche.

—¡No está! —exclamó.

—¿Qué es lo que no está? —preguntó Diana.

—El vaso.

—¿Un vaso? —repitió *lady* Marcela.

—Sí, un vaso. Tenía aún un tercio de agua... y estaba en la mesilla.

—Pues ahora no hay allí nada más que la lámpara —dijo Diana.

—Clark, ¿está seguro de que había un vaso sobre esa mesilla de noche?

Willow miró a la dama, que era quien acababa de formularle la pregunta.

—Segurísimo, *lady* Marcela. He tomado el coñac después, no antes del golpe.

—¿Y dice que el vaso contenía un tercio de agua? —preguntó Diana.

—Sí.

—Pero ahora ha desaparecido.

—Y con él, la prueba de la droga que ingirió Needs.

Lady Marcela chasqueó los dedos.

—Claro, eso explicaría su locura —dijo.

—Needs subió aquí a descansar. Tal vez tomó algún sedante, bebiendo agua de la que había en el vaso. Pero el agua contenía una droga.

—

¿L. S. D.?

—sugirió Diana.

—Es más que probable.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Sengler, el notario, apareció en la puerta.

—Oí voces... —justificó su presencia.

—Needs fue drogado, pero el que lo hizo me golpeó, para destruir las pruebas de su crimen —declaró Willows—. Porque aunque no lanzara físicamente al agua a Needs, le indujo a hacerlo, dándole una droga que lo enloqueció momentáneamente.

Spengler aparecía consternado.

—¡Dios mío! Nunca creí que *sir* Basil...

—Abogado, los muertos no matan —insistió *lady* Marcela coléricamente.

—Pero todos hemos escuchado su voz, *lady* Marcela.

—¡Su voz! ¡No es más que...!

Algo interrumpió a la dama súbitamente.

—Hola, Jebthar Ball. Hola, Bella Payne —sonó la voz de *sir* Basil, con tonos de aguda ironía—. ¿Cómo estáis después de la muerte de «Bingo» y de Needs? ¿También teméis que os haya tocado a vosotros el turno?

Willows se puso rígido. Los altavoces amplificaban de tal modo el sonido, que atronaban el ambiente.

La voz parecía sonar en todas partes al mismo tiempo. Resultaba prácticamente imposible localizar el lugar de donde procedía.

—Ese loco va a cometer otro crimen —masculló Willows.

—Bella, tú sedujiste a mi hijo con tus encantos. Le volviste loco

y le hiciste olvidar sus deberes. En repugnante convivencia con ese tramposo jugador llamado Jebthar Ball, le despojasteis de todo su dinero, lanzándole así por la pendiente del vicio y la degradación, hasta que acabó muriendo asesinado. También a vosotros os corresponde un castigo.

La voz calló un instante, para seguir enseguida:

—Pero voy a ser un poco considerado con vosotros. Uno de los dos vivirá. Va a ser un juego, un juego muy divertido. ¿No sois ambos jugadores profesionales? Ciertamente es que sólo Ball maneja las cartas, pero tú le ayudas a embaucar incautos con tus gracias femeninas, Bella Payne, así que también se te puede dar ese calificativo. Bien, vamos a jugar un juego... mejor dicho, lo vais a jugar vosotros dos... un juego en que la puesta será la vida.

»Sobre la repisa de la chimenea del salón hay un revólver. Está detrás de la estatua de terracota que representa un Buda. Uno de los dos puede vivir, pero eso ya no lo he de decidir yo, sino vosotros.

Se oyó un terrible chillido femenino en la planta baja. Luego, una imprecación que brotaba de una garganta de hombre.

—Recordadlo bien: uno de los dos puede vivir, a menos que prefiera sacrificarse con el otro. Pero no os queréis tanto como para sacrificar vuestras vidas el uno para el otro, ¿verdad?

El chillido se repitió.

—¡Rayos! —Gruñó Willows.

Y se lanzó hacia la puerta, apartando al aturdido Spengler de un empujón.

Bajó los peldaños de dos en dos. Abajo, en la biblioteca, se oían gritos y alaridos.

Se oyó el estruendo de una estatua al romperse en mil pedazos. Willows alcanzó la puerta del salón.

Desde el umbral, presencié una escena atroz.

Bella y el jugador se peleaban por la posesión del revólver. La mujer había llegado una fracción de segundo antes y había conseguido empuñar el arma.

El revólver se disparó en el forcejeo. Explotó en la cara de Ball, quien instintivamente dio un paso atrás, soltando la mano de Bella.

Entonces, la mujer, a quemarropa, disparó varias voces seguidas. Estaba loca de pánico, según advirtió Willows. Bella tenía un solo pensamiento: salvar la vida.

De repente, se oyó una tremenda explosión. Una nube de humo brotó del revólver, cuyos fragmentos *volaron* por todos los aires. Willows se tambaleó.

Bella dejó escapar un grito horrible. Luego, con la garganta destrozada por un trozo de metralla, se desplomó al suelo, junto al inanimado cuerpo del jugador.

Sonó una estentórea carcajada.

—¡También tú has caído, Bella Payne! —dijo la voz de *sir* Basil Ewthorne—. Ha sido una trampa, claro, pero... ¿qué podía esperar una tramposa como tú?

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Clark Willows oprimió el timbre de la puerta. Segundos después, un correcto mayordomo aparecía ante sus ojos.

—Soy Clark Willows —se presentó el periodista—. Estoy citado con *lady* Marcela Wrottonx.

—Le esperaba, señor —contestó el mayordomo, inclinándose—. Tenga la bondad de pasar, por favor.

Willows se quitó el sombrero y el impermeable, que puso en manos del mayordomo. Luego, precedido por éste, cruzó el amplio vestíbulo de la residencia de *lady* Marcela, en Stockton Manor, a pocos kilómetros al nordeste de Londres.

El mayordomo abrió la puerta.

—*Milady*, el señor Willows —anunció.

—Pase, muchacho —sonó la alegre voz de *lady* Marcela—. Tenía ganas de volverle a ver otra vez. ¿Cómo se encuentra, Clark?

Willows cruzó el umbral y se halló en un saloncito íntimo, amueblado con buen gusto. El tono crema predominaba en la tapicería de los sillones y el papel de las paredes.

Lady Marcela estaba sentada en una silla de ruedas, observó Willows con asombro. Uno de sus pies, el derecho, sobresalía, apoyándose en un aditamento metálico que obligaba a la pierna a permanecer extendida.

La dama le dirigió una amplia sonrisa.

—¿Qué le parece mi mala pata? —preguntó, con su jovialidad habitual—. Me rompí el tobillo y tengo toda la pierna enyesada hasta la rodilla. Pero, dígame, ¿conoce usted a esta preciosa criatura que tengo a mi lado?

Diana Lockhart estaba sentada al lado de *lady* Marcela. La joven le dirigió una amable sonrisa.

—Estoy más que sorprendido, *lady* Marcela —dijo Willows—.

¿Cómo es posible...?

—Bueno, mi difunto hermano quedó muy contento de sus servicios, así que cuando me hice migas el tobillo, pensé en Diana y no paré hasta que la tuve a mi lado. Y ella no parece encontrarse a disgusto conmigo.

—Estoy seguro de que es así, *lady* Marcela —Willows se inclinó y besó la mano de la dama. Luego estrechó la de Diana—. Celebro verla —saludó cordialmente.

—Es un placer, Clark —contestó Diana, ligeramente ruborizada.

—Siéntese por ahí, muchacho —indicó *lady* Marcela—. Diana, ¿por qué no nos sirves una copa de jerez? ¿Le apetece, Clark?

—Acepto encantado, señora.

Diana sirvió las copas. Willows, sentado frente a las dos mujeres, se preguntó por el objeto de la llamada de *lady* Marcela.

No tardaría mucho en saberlo, pensó. *Lady* Marcela paladeó su vino, chasqueó la lengua en señal de aprobación y luego dejó la copa sobre una mesita que tenía al alcance de la mano.

—Clark, le he llamado para ver si quiere ayudarme en una cosa que se me ha metido entre ceja y ceja... y yo soy muy testaruda, ¿comprende?

—Sí, *lady* Marcela. ¿De qué se trata, por favor?

—Verá, muchacho. No voy a decirle si se acuerda de lo que pasó en Sharron Castle, porque aquello es algo que no olvidaremos nunca ninguno de los que estuvimos allí presentes.

—Cierto, así es.

—Hablando sinceramente, los cuatro que murieron se lo merecían. No crea usted que voy a llorar por ellos, pero... ¿recuerda usted lo que pasó después?

—Sí, por fin vino la policía y empezó a investigar, pero no encontró ninguna pista.

—En efecto —convino *lady* Marcela—. No se encontró ninguna pista de la persona que había planeado aquellos cuatro asesinatos, ni siquiera la grabadora con la cinta en que se había impresionado la voz de mi hermano... supuesta voz, desde luego. Magníficamente imitada, tanto es así, que incluso yo diría que era la suya, salvo por un detalle.

—Lo recuerdo. Su hermano no la mencionó a usted ni una sola vez.

—Así fue, y conociéndolo como yo le conocía, resulta inexplicable. Por eso creo que se trata de una imitación.

—Usted ya se lo dijo a la policía, *lady* Marcela.

—Sí, pero me hicieron tanto caso como si les hablara un lama budista de la reencarnación de las almas. A ellos les interesaba hallar al autor de aquellas muertes.

—Que fueron hábilmente planeadas, muchacho.

—Sobre todo, la de Bella Payne —dijo Diana, estremeciéndose.

—El último cartucho era de calibre superior y, además, contenía una mayor cantidad de pólvora, según dictaminaron los expertos —manifestó Willows.

—Por tanto, el revólver tenía que explotar a la fuerza.

—Sí, pero ¿cómo supo el asesino que Bella apretaría el gatillo todas las veces? —preguntó *lady* Marcela.

—Indudablemente —dijo el joven—, especuló con la posibilidad de que ninguno de los dos eran buenos tiradores y que el que consiguiera el revólver, querría asegurarse de que el otro quedaba muerto.

—Un hábil truco psicológico —murmuró Diana.

—Sí, pero mi hermano no lo hizo —declaró la dama—. Está muerto...

Lady Marcela miró fijamente a Willows.

—Querría tener la seguridad de que es así, muchacho —dijo.

—¿Cómo? No cabe la menor duda de su muerte. Diana lo asistió en sus últimos momentos...

—Sí, pero su cadáver no está en la sepultura donde lo enterraron.

Willows se quedó paralizado por el asombro.

—¡Increíble! —murmuró.

Lady Marcela terminó su copa de jerez.

—Sí —dijo—. En vista de que mi hermano seguía siendo culpable oficialmente, aunque estuviese muerto, yo quise deshacer ese infundio y solicité de las autoridades una orden de exhumación. El ataúd estaba vacío... y eso se comprobó ayer mismo, Clark.

—Entonces... no murió...

—¡Tonterías! Mi hermano está muerto y bien muerto. Lo que pasa es que alguien ha sacado su cadáver y lo ha escondido en otro sitio, para hacer creer que simuló su muerte y poder así vengarse

con más facilidad. Ahora todos achacan a Basil las muertes que ocurrieron en Sharron Castle.

—Diana, usted asistió a *sir* Basil...

—No estaba con él cuando murió. El médico me relevó de mis obligaciones, viendo que ya no se podía hacer nada por *sir* Basil —contestó Diana—. Y luego me faltó valor para verle. Tampoco asistí a su entierro, Clark.

—Pero la declaración del médico de cabecera es contundente —terció *lady* Marcela—. Basil está muerto... aunque desconozcamos el paradero de su cadáver. En cambio, se ha encontrado el cadáver de Raymond.

—¿Es cierto eso?

—Sí. El asesino, el mismo que le atacó a usted, escondió primero su cadáver y luego lo arrojó al Bremerton. El río bajaba muy crecido en aquellos días, ustedes lo recuerdan. Ayer, también, encontraron unos restos humanos medio sepultados por un aluvión de tierra y arena arrastradas por las crecidas. Los restos han sido identificados positivamente como los del pobre Raymond.

—Me siento atónito —confesó el joven—. Pero ¿quién cometió todos esos crímenes?

—Ahí es donde yo quería ir a parar —exclamó *lady* Marcela—. Tenemos que encontrar a ese hombre, Clark.

—No sé cómo... —dudó Willows.

—Usted es periodista. Está acostumbrado a husmear e indagar por ahí en busca de noticias. Averiguó muchas cosas del pobre Dick, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Bien, entonces empiece a hacer de detective. Quiero que la memoria de mi hermano quede limpia por completo de toda sombra de sospecha, ¿me ha comprendido?

Willows reflexionó durante unos momentos.

—No va a resultar fácil, señora —contestó al cabo.

—¿Y qué nos importa el tiempo? Tenemos todo el que queremos, Clark. Y si es por cuestión económica, no se apure; yo respaldaré todos sus gastos.

—Hay algo que no entiendo —dijo el joven pensativo—. Si cierta persona, quienquiera que fuese, deseaba vengarse de esas otras cuatro, ¿por qué, entonces, se nos citó a Diana y a mí también

en Sharron Castle?

—Bueno, cuándo encuentre al asesino lo sabrá, ¿no?

Willows hizo un gesto ambiguo.

—La aprecio a usted mucho, *lady* Marcela, y por eso le digo que haré lo que pueda, pero debo serle franco: no garantizo ningún resultado positivo.

La dama sonrió.

—Inténtelo, muchacho, inténtelo. Tarde o temprano, usted conseguirá encontrar al asesino. Además, cuenta con una pista para empezar.

—¿Cuál? —preguntó Willows, asombrado.

—¿Ya no lo recuerda? El hombre que le pisó las manos, cuando usted quiso salir a la cámara de ejecuciones.

—Es cierto, *lady* Marcela. Una pista... pero no sé quién es ese sujeto.

—Usted tiene amistades entre la policía. Empiece a preguntar, Clark.

—Hay una cosa segura —intervino Diana—, y es que el asesino contó con la ayuda de algunos cómplices en la ejecución de sus crímenes. No fue obra de un solitario, sino que se realizó entre varios individuos.

—Sí, es verdad.

—Por cierto —dijo *lady* Marcela—, ¿ha cobrado usted su legado, muchacho?

—La semana pasada —respondió Willows—. El señor Spengler me llamó y me entregó un cheque.

—Usted es más afortunado que yo —suspiró la dama—. Estoy tratando de impugnar el testamento, que otorga el resto de la fortuna a la sociedad de beneficencia Clarence McNeil. No sé dónde diablos está esa asociación benéfica, pero pienso luchar por el dinero de mi hermano hasta que me lo concedan. Basil jamás habría dejado todo su dinero a una entidad benéfica, sin acordarse de mí siquiera, ¿comprende?

—Sí, *lady* Marcela.

—Bien, por mi parte, eso es todo —sonrió la dama—. Clark, ¿querrá quedarse a cenar con nosotras?

Willows miró a la muchacha. Diana se sonrojó ligeramente.

—Acepto encantado, *lady* Marcela —dijo Willows, pasados unos

segundos.

Fue una velada muy agradable. *Lady* Marcela resultó ser una anfitriona perfecta, a pesar de su pierna lisiada, y Diana se mostró encantadora y atractiva.

Después de la sobremesa, Willows anunció su propósito de regresar a Londres.

—Acompáñalo hasta la puerta, muchacha —dijo *lady* Marcela maliciosamente.

Diana se ruborizó, pero no dijo nada. Junto a la entrada, Willows recobró el sombrero y el impermeable de manos del mayordomo quien, discretamente, se retiró, dejándolos solos.

—Es una buena colocación la suya, Diana —dijo Willows.

—No puedo quejarme. *Lady* Marcela es muy amable y las horas se me pasan a su lado sin sentirlas. Además, me paga un sueldo excelente.

—Todo se ha de tener en cuenta, Diana. ¿Qué hará cuando *lady* Marcela se haya curado?

Ella se encogió de hombros.

—El porvenir no me preocupa demasiado —contestó—. Tengo mis ahorrillos y, además, las cuatro mil libras que me legó *sir* Basil. Quizá me tome unas buenas vacaciones.

—No sería mala idea, sobre todo ahora que viene el invierno. ¿Mallorca?

—Tal vez. —Diana se puso seria de repente—. Clark, trate de hacer lo que pueda para encontrar al asesino.

—¿Y si de verdad fuese *sir* Basil?

Diana movió la cabeza.

—Imposible. El médico de cabecera certificó su defunción.

—Hay drogas que producen un estado de catalepsia similar al de la muerte. El médico de *sir* Basil pudo así engañarse...

—Pero, en tal caso, ¿por qué no se vengó de ellos antes?

—¿Y cómo podría haberlos atraído a Sharron Castle, si no era con el incentivo de los legados testamentarios?

—Es verdad —murmuró la joven. Se pasó una mano por la frente—. Ya no sé ni qué pensar, Clark.

Willows sonrió.

—*Lady* Marcela lo ha dicho bien claro: tenemos tiempo de

sobras. —Tomó su mano—. Vendré a verla lo antes que pueda —añadió.

—¿A mí sola? —preguntó Diana, sonriendo.

—También está *lady* Marcela, claro, pero... Bien, Diana, hasta la vista.

—Hasta pronto, Clark.

Diana permaneció en la puerta hasta que las luces rojas de cola del automóvil del periodista se hubieron perdido en la oscuridad de la noche lluviosa. Suspiró profundamente.

¿Estaba muerto *sir* Basil? ¿Seguía con vida?

Era todavía demasiado pronto para obtener una respuesta definitiva.

CAPÍTULO II

Clark Willows se encaramó en el taburete y movió la mano para llamar la atención de la camarera que servía en la barra.

—Un doble de escocés para mí. Al señor —señaló a un individuo que tenía al lado—, sírvale otra ronda de lo mismo por su cuenta.

El «señor» se volvió sorprendido al oír aquellas palabras.

—¡Usted! —dijo.

—El mismo, Matt Jemings —sonrió Willows—. ¿Cómo le va la vida después de lo que le ocurrió a su jefe?

Jemings hizo un gesto ambiguo.

—¡Psé! No se puede decir que sea un camino sembrado de rosas, señor Willows —contestó.

—¿Se ha quedado sin empleo?

—Holt Tuper se hizo cargo de la «panda». Yo me desligué de él. Era demasiado mandón y tiene muy poco seso. Un día de éstos, la policía le sentará la mano encima. No quiero que me pille a mí a su lado.

La barman puso sendas copas delante de los dos hombres. Willows levantó la suya.

—Salud, Matt —dijo.

Bebieron. Willows sacó cigarrillos.

—Entonces, ahora está sin trabajo, Matt —dijo, después de la primera bocanada de humo.

—Hombre, tanto como sin trabajo... Hago de portero en un local nocturno. No me mato a trabajar, aunque el sueldo no es como para hacerse millonario.

—Sin embargo, me imagino que debe de ser un puesto mucho más tranquilo que cuando estaba con «Bingo».

—Los borrachos alborotan un poco a veces, pero no tiene importancia. Y usted, ¿sigue con sus reportajes?

—Así, así... —dijo Willows ambiguamente—. Matt, voy a

hacerle una pregunta directa y quiero una respuesta sincera.

—Sí, señor Willows.

—¿Quién mató a Dick Ewthorne? Pregunto por el tipo que apretó el gatillo, ¿me comprende usted?

Jemings apuró su copa con calculada lentitud. Willows aguardó en silencio.

—Le diré, señor Willows —habló el hampón al cabo—. Yo no fui, ni tampoco mi compinche Tupper. Para estas cosas, el patrón tenía a un tipo especial. Al patrón le gustaba presumir de importante y por eso nos hacía ir con él a todas partes, como si fuese un *gángster de Chicago*, ¿comprende? *Y como pagaba bien y el trabajo no mataba...*

—Siga, Matt —dijo Willows lacónicamente.

—Bueno, la verdad es que el joven Ewthorne se había puesto muy pesado en los últimos tiempos. Sinceramente, yo nunca creí que el jefe se lo «cargase». Tupper y yo nos enteramos después de que había ocurrido todo.

—¿Y bien?

—El que lo hizo era un tipo llamado Rockie, «El Veneno». La semana pasada lo aplastó un camión contra el muro de una casa.

Willows guardó silencio un instante.

—¿Ajuste de cuentas? —preguntó al poco rato.

—Creo que sí, pero ya le digo que yo estoy desligado de esa vida —contestó Jemings.

—Comprendo. Matt, quiero pedirle un favor.

—Si está en mi mano, señor Willows...

—Pude ver a uno de los que colgaron a su patrón. Era un tipo robusto, con una cicatriz en ángulo bajo el pómulo izquierdo. ¿Lo conoce usted?

Jemings meneó la cabeza.

—No, no lo conozco —respondió.

Willows sacó un bloc de papel y un lápiz y dibujó la cicatriz. Luego arrancó la hoja y se la entregó al exhampón.

—Guárdela —dijo—. Investigue discretamente. Si llega a conocer el nombre del tipo, telefonéeme al periódico o a mi casa. No puedo prometerle nada, aunque creo que no faltará quien le entregue una buena recompensa, ¿estamos?

Jemings asintió.

—Haré lo que pueda, señor Willows —prometió, mientras tomaba la tarjeta que le tendía el periodista—. ¿Qué hace ahora, buscar al asesino?

—Exactamente, Matt —contestó Willows, ya apeado del taburete.

—Una tarea difícil —comentó Jemings—. Le deseo mucha suerte.

Willows dejó una moneda sobre el mostrador.

—Gracias, Matt —se despidió del arrepentido pandillero.

Una semana después, Willows recibió una llamada telefónica.

—El hombre de la cicatriz se llama Link Cranley y vive en la calle Foyle, setenta, señor Willows —informó Jemings.

—Gracias, Matt. Ha hecho una buena labor. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Pregunté discretamente a algunos antiguos conocidos. Me lo dijo uno de ellos. Una cosa, señor Willows.

—¿Sí, Matt?

—Cranley es un tipo peligroso. Tira fácilmente de pistola y maneja muy bien la navaja de resorte. ¿Comprendido?

—Desde luego, Matt. Gracias por todo.

Colgó el teléfono. Reflexionó unos momentos y llegó a una conclusión.

Cranley era un sujeto muy robusto y, además, acostumbrado al uso de las armas. Él también era fuerte, pero nada partidario del uso de la violencia. Por tanto, se imponía la astucia para conseguir una buena información de labios de Cranley.

Levantó el teléfono y marcó un número. Momentos después, oía la voz de Diana Lockhart.

—¿Quién es? —preguntó la muchacha.

—Hola, Diana. Soy Clark Willows. ¿Cómo se encuentra?

—Celebro oírle, Clark. ¿Algo de nuevo?

—Sí. Tengo noticias para *lady* Marcela. ¿Podría hablar con ella?

—Ahora está descansando un poco. Si quiere que la despierte...

—Es igual. Dígale que ya sé quién es el hombre de la cicatriz.

—¡Magnífico!

—Voy a ir a verle, pero no creo obtener información por medios ordinarios, Diana.

La muchacha se asustó.

—No irá a pegarse con él, ¿verdad?

—Por favor —dijo Willows riendo—. Procuraré ser un poco más inteligente que todo eso. Dígale a *lady* Marcela, sencillamente, hasta qué cifra puedo llegar para despegar los labios del hombre de la cicatriz.

—¡Oh! Entiendo, Clark. Un procedimiento muy adecuado, a mi entender. ¿Cuándo va a ir a visitarlo?

—Hoy mismo, si puede ser, Diana.

—Desde luego. ¿Dónde estará usted, para darle la respuesta, Clark?

—Aquí, en mi casa. Tome nota del número, Diana.

Momentos después, Willows colgaba el teléfono. Tenía trabajo entre manos y se sentó ante la máquina de escribir, para no perder el tiempo esperando la llamada de la muchacha.

El teléfono sonó treinta minutos después.

—¿Clark?

—Sí, Diana.

—He hablado con *lady* Marcela. Dice que no hay límite en la cifra. Pero necesitará ahora dinero...

—No se preocupe. También yo cobré un poco de la herencia de *sir* Basil. Cuando vea a *lady* Marcela, me reembolsaré los gastos.

—Así se lo diré, Clark. Ah, una cosa, por favor.

—Dígame, Diana.

—*Lady* Marcela le ruega que llame por teléfono apenas haya hablado con el hombre de la cicatriz, no importa la hora que sea. ¿Entendido?

—Sí, Diana. Hasta la vista.

—Buena suerte, Clark.

Willows puso el teléfono sobre la horquilla.

Se preguntó qué cifra sería capaz de convencer a Cranley. ¿Quinientas? ¿Mil libras esterlinas?

Una cosa era segura; Cranley no aceptaría nunca un cheque.

Billetes de Banco era lo mejor, decidió al cabo. Y, por si acaso, mil libras causarían más impacto en el ánimo del forajido que quinientas.

Consultó la hora. Su Banco estaba todavía abierto. Era preciso darse prisa para poder visitar a Cranley con el dinero en el bolsillo.

Llamó a la puerta y esperó. No tardó en darse cuenta de que alguien le escrutaba a través de una mirilla.

Willows mantuvo una actitud indiferente. La puerta se abrió al fin.

—¿Señor Cranley? —dijo el periodista en tono normal.

El hombre de la cicatriz le miró desconfiadamente. Willows se dio cuenta de que tenía la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, yo soy —declaró—. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted —respondió Willows—. Cinco minutos solamente.

Cranley dudó. El joven se dio cuenta de que Cranley parecía reconocerle, pero que no estaba muy seguro de ello.

—Entre —accedió al cabo.

Willows cruzó el umbral. Cranley cerró de un empujón.

—Hable —invitó secamente.

Willows movió varias veces los dedos de ambas manos.

—Hace algunas semanas, un hombre me pisó las manos —dijo—. Por fortuna, tenía los tacones de goma y si bien me hizo mucho daño, no me fracturó ningún dedo.

Los ojos de Cranley chispearon. De repente, sacó la mano del bolsillo.

Se oyó un seco chasquido. Brilló una hoja de metal y la punta de la navaja se apoyó en la garganta del periodista.

—¿A qué ha venido, maldito entrometido? —preguntó Cranley, rabiando de furor.

Willows procuró mantener la serenidad.

—Seamos sensatos, señor Cranley —dijo—. Y francos. Usted sabe por qué estoy aquí. De nada le servirá degollarme. ¿Cree que no hay nadie más que conozca su nombre y su domicilio?

—Continúe —invitó el forajido lacónicamente.

—Usted colaboró en una ejecución tan idéntica a las que dispone la ley. Es inútil que lo niegue, porque yo le vi a usted casi como le estoy viendo ahora. Imagino que no lo hizo por capricho ni por divertirse ni tampoco, casi seguro, por antipatía hacia el ejecutado. ¿Quién le pagó por desempeñar aquel papel, Cranley?

Hubo un momento de silencio.

El rufián respiraba forzosamente. Su mano temblaba de forma

harto perceptible.

La punta de la navaja continuaba apoyada en la garganta del periodista. Una ligera presión y...

—¿Quién le pagó, Cranley? —insistió Willows.

El brazo de Cranley se relajó un poco. La navaja volvió a su sitio.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó.

—Curiosidad —contestó Willows escuetamente.

—Eso no es cierto —dijo Cranley en tono abrupto.

—¿No cree que he venido aquí por curiosidad? Entonces, ¿por qué otro motivo? ¿No es curiosidad querer conocer el nombre de la persona que le contrató?

De pronto, Cranley dio media vuelta y se acercó a una alacena. Sacó una botella, vertió licor en un vaso y se lo bebió de un golpe.

—Podría costarme un montón de años de cárcel —dijo—. Y, a fin de cuentas, «Bingo» era un pandillero de la peor especie.

—Fue una muerte ilegal —dijo Willows.

—Por eso prefiero callar —contestó Cranley secamente.

—Entonces, me iré a la comisaría más cercana...

—Si le dejo salir de la casa, claro.

—Hay quién sabe que he venido a verle, Cranley —advirtió Willows.

—Pero si hablo, me costará caro. Yo ayudé a liquidar a «Bingo» Rockedley, recuérdelo.

Willows metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un fajo de billetes, atado con una gomita. Quitó la goma y puso unos cuantos billetes sobre una mesa cercana.

—¿Su nombre? —dijo fríamente.

Cranley se lamió los labios, pero guardó silencio.

Willows añadió un par de billetes más.

—¿Cuánto ha puesto ahí? —preguntó Cranley.

—Doscientas, creo.

Cranley contó el dinero.

—Doscientas diez —puntualizó—. Añada doscientas noventa más y trato hecho.

«Quinientas —pensó Willows—. Me he ahorrado la mitad de lo que calculaba. Ha resultado más fácil de lo que esperaba».

Y contó los billetes, de espaldas a la puerta.

Cranley tenía la vista fija en las manos del periodista. Por tanto, ninguno de los dos pudo ver la mano, enguantada en negro y armada con una pistola de largo cañón, que asomaba por la puerta entreabierta.

La pistola vomitó dos llamaradas casi silenciosas. Cranley lanzó un gruñido animal y se derrumbó al suelo, con el pecho atravesado por los proyectiles.

CAPÍTULO III

Willows vio caer al rufián y se quedó inmóvil, helado de horror. Estuvo unos momentos sin saber qué hacer, temiendo recibir en cualquier momento un balazo mortal.

Cranley gemía sordamente. Willows reaccionó al fin y se lanzó hacia la puerta.

Se asomó con precauciones. El pasillo estaba desierto.

El asesino había tenido tiempo sobrado de escapar. Incluso podía haber la posibilidad de que se hubiese escondido en alguno de los pisos de la casa, un edificio antiguo, de pocas plantas, que ni siquiera tenía ascensor.

Pero, en todo caso, una poderosa circunstancia hizo que Willows se mostrara prudente y abandonase en el acto cualquier intento de perseguir al asesino: estaba desarmado y no quería correr riesgos innecesarios.

Cranley gimió de nuevo. En el edificio nadie parecía haberse dado cuenta del asesinato.

Willows se arrodilló junto al hampón. Cranley se moría a chorros.

—Cranley —llamó el periodista.

Los ojos del hampón le dirigieron una turbia mirada. Sus labios dejaron escapar algunas burbujas sanguinolentas.

—Dígame, ¿quién le pagó por ayudar a matar a «Bingo»?

—Es... tá... en... Clarenc...

La voz de Cranley era apenas un soplo. De repente, los ojos del hampón voltearon agónicamente, su cuerpo se estremeció fortísimamente y luego, poco a poco, sus miembros se fueron relajando hasta que su cuerpo quedó completamente inmóvil.

Willows sudaba, a pesar de que la temperatura no era lo más apropiada para provocar la transpiración. Cranley había muerto ya, de ello no quedaba la menor duda.

El hampón había pronunciado mi nombre.

¿Clarence?

¿Quién era Clarence?

Por el momento, se trataba de un problema secundario. Lo que importaba ahora era dejar aquel lugar, donde su presencia resultaba tan comprometida.

¿Había dejado huellas dactilares?, se preguntó.

No había tocado nada, salvo el pomo de la puerta. Sabía que con ello dificultaba tal vez la identificación del asesino; como no había visto la mano armada, ignoraba que estaba cubierta con un guante. Por si acaso, limpió el picaporte con un pañuelo; no quería que Scotland Yard le pusiera en un compromiso.

Por supuesto, no olvidó el dinero que, a última hora, de nada había servido. Luego descendió con paso natural a la calle, aunque tuvo la suerte de no cruzarse con nadie.

En la puerta, escrutó la vecindad. No había demasiada gente ya en la calle a tales horas. Las nueve de la noche habían dado hacía rato.

Se preguntó si convendría hablar con Stockton Manor por teléfono. Dada la naturaleza del suceso, decidió al fin, que lo mejor sería hablar con *lady* Marcela personalmente. Total, era una hora escasa de viaje y no llegaría demasiado tarde.

Al anuncio de su visita, fue Diana Lockhart la primera en acudir. La joven llegó ajustándose el cinturón de la bata que se había puesto sobre el camisón de dormir.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó ansiosamente.

—Sí, Diana. Conseguí localizar al hombre de la cicatriz. Incluso hablé con él. Es más, ya le había persuadido para que me dijera el nombre del individuo bajo cuyas órdenes había actuado.

—¿Y...?

—Se llamaba Cranley, Diana. Ha muerto.

—¡Oh, cielos! —gimió la muchacha.

Lady Marcela llegó en aquel momento en su silla de ruedas, empujada por el mayordomo.

—Hola, Clark —saludó con un gruñido—. ¿Qué pasa para venir a estas horas?

—Señora, el hombre de la cicatriz ha muerto —anunció Diana.

Los ojos de *lady* Marcela se achicaron.

Agitó la mano.

—Déjenos solos, Jenkins —ordenó.

El mayordomo se inclinó.

—Bien, *milady*.

—Vamos, hable, muchacho —pidió la dama—. ¿Qué le ha pasado a «Cicatriz»?

—Le han pegado dos tiros. Delante de mí —respondió Willows.

—¡Rayos! —juró *lady* Marcela pintolescamente.

Diana se sentía horrorizada.

—Pero... ¿cómo...? —balbució.

—Yo le había convencido ya para que me dijera el nombre del individuo a cuyas órdenes actuó en Sharron Castle. Quinientas libras iba a ser el precio.

—Nada barato —refunfuñó *lady* Marcela—. Pero hubiera dado el doble por conocer ese nombre. ¿Qué más, Clark?

—El asesino usó silenciador. Yo no me di cuenta de que abría la puerta hasta que escuché un gemido de Cranley. Cayó y...

—¿Persiguió al asesino?

—Iba armado. Yo no, *lady* Marcela.

—Hizo bien —aprobó la dama—. La seguridad personal ante todo.

—Pero Cranley no murió en el acto, si bien es cierto que vivió poco más de un minuto. Antes tuvo tiempo de decir algo. «Está en Clarenc...». Eso es todo, *lady* Marcela.

Diana se quedó perpleja.

—¿«Está en Clarenc...» fue todo lo que dijo, Clark?

—Sí, Diana.

—Clarence, Clarence... Eso parece nombre de persona —murmuró *lady* Marcela—. Aunque también podría ser el nombre incompleto de una población. Yo conozco una aldea en el norte de Escocia que se llama Clareare Rock.

—Una cosa es segura —manifestó Willows—. Sin ningún lugar a dudas, Cranley dijo «Está en Clarenc...». No dijo «es», sino «está».

—Eso complica aún más las cosas —murmuró *lady* Marcela—. Y a usted, ¿no intentó el asesino atacarle?

—No. Disparó contra Cranley y escapó. Yo estaba de espaldas a la puerta; podía haberme matado con toda facilidad, de haberlo

deseado así.

—Es evidente que sólo le interesaba Cranley —opinó la muchacha—. Pero ¿cómo pudo llegar tan oportunamente?

—Sí, con demasiada oportunidad —dijo *lady* Marcela.

—Quizá había resuelto deshacerse de Cranley y coincidió con mi visita. Pero también puede ser que se hubiese enterado de las pesquisas que hizo un conocido mío para localizar a Cranley.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Diana.

—Jemings, uno de los guardaespaldas de «Bingo». Pregunté a un amigo policía dónde podría localizarle y me indicó un bar al que suele acudir con frecuencia.

—Y Jemings le dijo el nombre y el domicilio de «Cicatriz» —habló *lady* Marcela.

—Sí, pero le costó una semana. Quizá el asesino se enteró y comprendió que debía cerrar la boca a Cranley. Lo ha conseguido —finalizó Willows desanimadamente.

Hubo un momento de silencio. Después, *lady* Marcela dijo:

—Cranley pronunció una frase al morir. Tenemos una pista, una pequeñísima pista... es todo cuanto tenemos para hallar al asesino que actuó suplantando a mi hermano. De momento, no se me ocurre ninguna idea. ¿Y a usted, Clark?

—Menos, *lady* Marcela —confesó el periodista.

—El asesino ha actuado con no poca astucia. Quizá haya resuelto definitivamente el problema. —*Lady* Marcela sonrió—. De todas formas, usted ha hecho todo lo que ha podido. Gracias, muchacho.

—Estoy tan interesado como usted en encontrar al asesino —dijo Willows.

Consultó su reloj.

—Es tarde ya. Debo volver a Londres —manifestó.

—Sí. Diana, acompáñalo, por favor —pidió *lady* Marcela, con voz meditabunda.

Junto a la puerta, Diana dijo:

—Clark, tenga cuidado. No sabemos qué puede hacer el asesino, ¿me comprende?

Willows sonrió.

—Seguiré su consejo, Diana —prometió—. Buenas noches.

—Buenas noches, Clark.

Willows dormía profundamente a la mañana siguiente, cuando le despertó el teléfono.

El repiqueteo del timbre penetró en las brumas de su sueño y le hizo volver a la realidad. Saltó de la cama y, bostezando aparatosamente, se dirigió a la salita de su apartamento donde tenía el teléfono.

Levantó el auricular. Una voz harto conocida atronó sus tímpanos:

—¡Clark!

—*Lady* Marcela...

—La misma. Muchacho, he tenido una idea. Creo que ya conozco el significado de la frase que pronunció Cranley.

—Muy interesante. Hable, *lady* Marcela, por favor.

—¿Recuerda lo que le dije acerca del resto de la fortuna de mi hermano? Va a parar a una institución benéfica.

—Sí, es cierto. Fundación o asociación Clarence McNeil... ¡Clarence McNeil! —chilló el periodista.

—Justamente. El asesino está ahí.

—¿En un asilo o algo por el estilo?

—Bueno, yo no sé en qué demonios consiste esa asociación, pero ¿por qué no lo averigua usted?

—*Lady* Marcela, ¿quién le dijo que la fortuna de *sir* Basil iría a parar a esa asociación benéfica?

—Spengler, claro, ¿quién otro podría ser?

—El notario, es cierto. Por tanto, el señor Spengler sabrá dónde está domiciliada esa asociación.

—Sí. Incluso me lo dijo, pero ahora no recuerdo bien...

—Hagamos una cosa, *lady* Marcela. Si me dirijo yo directamente al señor Spengler, quizá me ponga inconvenientes. Hable usted con él, dígame... por ejemplo, que quiere legar una cantidad a la Fundación. ¿Va comprendiendo mi idea?

—Sí, muchacho. Continúe.

—Bien, sólo es eso. Spengler le dirá el nombre del director y el lugar dónde está situada esa asociación.

—¿Irá usted a verle?

—Por supuesto, *lady* Marcela.

—Perfectamente. Ahora mismo hablaré con Spengler, Le llamaré apenas tenga la respuesta.

—Gracias, *lady* Marcela.

—Ah, Clark. Diana me encarga le salude. —Willows oyó la risa maliciosa de la dama—. Lo hago con mucho gusto.

—Mil gracias, *lady* Marcela.

Willows volvió el teléfono a la horquilla y corrió hacia el cuarto de baño.

¿Sería una solución al enigma la propuesta por *lady* Marcela?

Una cosa había segura: los legados ascendían a unas cincuenta mil libras esterlinas y la fortuna de *sir* Basil era de un cuarto de millón.

¿Adónde habían ido a parar las doscientas mil restantes?

Lady Marcela aseguraba que su hermano no habría sido capaz de desheredarla, pese a sus diferencias. Willows había podido deducir que entre *sir* Basil y su hermana se habían producido roces y fricciones, pero, por encima de todo, en un momento dado, habría prevalecido el lazo de sangre que los unía.

Sí, era probable que en Clarence McNeil estuviese la solución.

El asesino, dicho con todas las letras.

Estaba anudándose la corbata, cuando sonó el teléfono.

—¿Clark?

—Sí, *lady* Marcela.

—El director de Clarence McNeil se llama Robert Forbestone y tiene su oficina en el setenta y dos de Park Lane.

—Entendido, *lady* Marcela. Iré a verle ahora mismo.

—Llámenos apenas haya hablado con él.

—Sí, señora. ¿Ha dicho «llámenos»?

—Justamente, eso mismo he dicho —rió la dama—. Ah, una cosa, muchacho. Actúe como mi representante. Todo lo que usted diga o haga queda aprobado de antemano. ¿Entendido?

—Sí, señora. Gracias, *lady* Marcela.

Willows colgó el teléfono.

¿Conseguiría algún resultado de su visita a Forbestone?

La respuesta estribaba, precisamente, en realizar aquella visita.

CAPÍTULO IV

Una placa dorada, de metal, sobre la puerta, indicaba que allí tenía su bufete de abogado Robert Forbestone. Willows empujó la puerta y se halló en un antedespacho, en el cual tecleaba una atractiva muchacha, que le miró inquisitivamente.

—¿Señor?

Willows sacó una tarjeta de visita.

—Por favor —pidió—, tenga la bondad de anunciarme al señor Forbestone.

La mecanógrafa se levantó.

—Bien, señor. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Medio minuto después, la chica salió del despacho principal, pero dejó la puerta entreabierta.

—El señor Forbestone le espera, señor Willows.

—Muchas gracias.

Willows pasó al despacho. Detrás de una enorme mesa, un sujeto se puso en pie, con la sonrisa en los labios.

Era un hombre tremendamente voluminoso, de unos cuarenta y cinco años de edad, todavía muy bien conservado. Willows parpadeó un instante, pero se rehízo enseguida.

—Siéntese, por favor —indicó el abogado—. ¿En qué puedo servirle, señor Willows?

—Verá —contestó el joven—, soy representante de una distinguida dama, *lady* Marcela Wrottonx... No sé si usted habrá oído su nombre...

—Me suena —dijo Forbestone—. Pero siga, por favor, señor Willows.

—*Lady* Marcela ha oído hablar de su Fundación... ¿o es Asociación Benéfica el nombre correcto, abogado?

—Asociación Benéfica, aunque participa de todas las

características de una Fundación —explicó Forbestone.

—Entiendo. —Willows miró a su alrededor—. Yo creí que sería una especie de asilo o algo por el estilo.

—Bueno, estamos en los principios —sonrió el abogado—. Ya hemos elegido los terrenos y pronto empezaremos a levantar el primero de la serie de edificios que compondrán la Asociación. En efecto, acogeremos a personas desvalidas, no precisamente de edad, sino que se encuentren verdaderamente necesitadas y sin distinción de sexos.

—Loable empresa, señor Forbestone. *Lady* Marcela, como digo, ha oído hablar de ella y sus proyectos le han agradado mucho. Por eso me ha enviado a mí para hacer una especie de... digamos investigación primaria. ¿Me comprende?

—Perfectamente, señor Willows. Continúe, se lo ruego.

—Bien, quizá *lady* Marcela deje en su testamento algo para la Fundación, aunque no cabe descartar la posibilidad de un importante donativo anticipado.

—Donativo que sería acogido con gratitud eterna —murmuró Forbestone.

—Hablaré a *lady* Marcela de mi entrevista con usted —manifestó Willows—. Le diré que sus proyectos me han impresionado muy favorablemente, señor Forbestone.

—Oh, en realidad no son mis proyectos. Yo solamente soy el director administrativo de la institución. En su día, por supuesto, habrá un director ejecutivo, además de los servicios médicos correspondientes. Queremos que los que se acojan a la institución no carezcan de nada.

—Una empresa altamente loable —murmuró el joven. Había un retrato de una mujer madura, pero todavía bella, sobre la mesa—. ¿La señora Forbestone? —preguntó.

—En efecto, es mi esposa.

La cara de la mujer le recordaba a alguien, pensó Willows. Pero casi en el acto apartó su atención del retrato.

—Bien, eso es todo por ahora. —Se puso en pie y tendió la mano al abogado—. Ha sido un placer —aseguró.

—El placer ha sido mío —contestó Forbestone—. Salude a *lady* Marcela en mi nombre, señor Willows.

El joven salió del despacho.

¿Por qué le sonaba a hueco todo cuanto se había hablado en aquel lugar?

Ciertamente, sus manifestaciones eran falsas. *Lady* Marcela, ni en sueños, tenía intenciones de dejar un solo penique a la Clarence McNeil. Pero le parecía que el abogado tampoco había hablado con sinceridad.

¿Terrenos por adquirir? ¿Edificios por construir?

¿Y qué se habían hecho de las doscientas mil libras de *sir* Basil?

Se había abstenido de mencionar el donativo de la herencia. Él había ido como representante de *lady* Marcela. No habría resultado prudente mencionar el legado de *sir* Basil.

Pero había un detalle que llamaba poderosamente su atención.

El voluminoso corpachón de Forbestone.

Se acordaba de las huellas encontradas en el lugar donde había aparecido muerto Raymond, el mayordomo de Sharron Castle. Eran pisadas de un hombre tremendamente alto y, casi con seguridad, muy robusto.

¿Era Forbestone el asesino?

Por un momento llegó a pensar que la visita no le había servido para nada. De repente se le ocurrió una idea.

Dos horas después entró en un *pub* y buscó la cabina telefónica. *Marcó un número, colocado de espaldas a la puerta, para que no se vieran sus manipulaciones, y puso un pañuelo ante el micrófono.*

Una voz femenina le contestó en el acto:

—Despacho del abogado Forbestone.

—Hola, guapa. Póngame con su jefe, ¿quiere?

La mecanógrafa pareció sorprenderse.

—¿Cómo?

—Vamos, señorita; no me haga esperar —dijo Willows en tono un tanto truculento—. Quiero hablar con el abogado Forbestone.

—¿Su nombre, por favor?

—Dígale que... un amigo. Un amigo de Link, eso es todo.

Willows oyó un par de «clicks». No tardó en escuchar la voz de Forbestone.

—¿Qué quieres ahora, Trudd? —preguntó.

—Bueno, he leído en los periódicos una noticia interesante.

Parece que Link tropezó con un mueble y se ha abierto la cabeza.

—No sé nada de eso y tengo trabajo, Trudd, así que...

—Escucha. Robert, no me vengas con excusas. Link era amigo de los dos, ¿comprendes? Quiero hablar contigo de su actual situación. Estoy en el Skerry's, ¿comprendes?

—Nunca he oído hablar de ese local...

Willows le dio la dirección y añadió:

—Sirven una cerveza estupenda, ya lo verás. —Y colgó.

Sentíase extraordinariamente satisfecho.

Ahora ya sabía que Forbestone estaba relacionado con los crímenes de Sharron Castle.

Lo difícil era no sólo probar tal relación, sino encontrar los motivos de los crímenes.

Salió de la cabina. Una mano le golpeó los hombros con fuerza.

—Hola, fisgón —saludó alguien a voz en cuello.

Willows se volvió.

—¡Ben! ¡Ben Ryan! —exclamó—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Lo mismo digo yo, Clark —contestó el llamado Ben Ryan, hombre joven y de agradable presencia—. ¿Qué es de tu vida, muchacho?

—Tú mismo lo has dicho: fisgoneando noticias para mi periódico. ¿Y tú?

Ryan se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—Lo mismo de siempre: buscando clientes para mis operaciones de Bolsa. ¿Qué, no tienes un par de miles de libras para invertir?

—Sí, en mi boda.

—¿Te vas a casar?

—Algún día me casaré —rió Willows—. ¿Qué tal tu esposa y los chicos, Ben?

—No puedo quejarme. Soy un hombre feliz. Y tengo una clientela bastante aceptable.

—Me alegro sinceramente, Ben. Cuando me haga rico, te llamaré para que me aconsejes invertir en Bolsa.

—Te daré los consejos gratuitamente. A los otros les cobro una comisión, claro. —Ryan se descubrió de pronto—. Buenos días, señora —saludó a una dama que pasaba junto a ellos.

Willows se puso rígido.

—¿La conoces? —preguntó en voz baja.

—Pues claro que sí. Es Mildred Forbestone. Hace poco invertí, por su orden, nada menos que cien mil libras esterlinas.

Willows emitió una sonrisa de circunstancias.

—Un buen piquillo, ¿eh, Ben?

—Hice un excelente negocio. Pero gangas de esa clase no salen a diario, Clark.

—Me lo imagino. Esa dama debe de ser muy rica, ¿no?

—Supongo. Ella me dio la orden y los certificados correspondientes y ya no me preocupé de más, como puedes comprender.

—¿La buscaste tú o te llamó ella?

—Pues... no sé... Supongo que encontraría mi nombre en las listas del Colegio de Agentes de Bolsa. La verdad, no la había visto en mi vida hasta que me citó en su casa y me encargó invertir esa suma.

—Entiendo, Ben. Gracias por todo.

Ryan miró a su amigo con aire de extrañeza.

—Clark, ¿por qué te interesas tanto por la señora Forbestone? —preguntó.

—Curiosidad, mera curiosidad —rió Willows—. ¿No me llamaste antes figón?

Ryan emitió una sonrisa.

—Comprendo, Clark. Pero ten en cuenta que ésta es una información confidencial.

—Descuida, no lo diré a nadie.

Willows se despidió de su amigo. Estaba en la puerta del Skerry's y no quería ser visto por Forbestone.

—Ah, sí vuelves a ver a la señora Forbestone, no le digas que me conoces —rogó.

—Como quieras, Clark. Aunque no comprendo...

—Tampoco te hace falta, Ben. Adiós.

Willows salió a la calle.

Estaba preocupado. ¿Habría enviado Forbestone a su esposa para investigar previamente en el *pub*?

No lejos del Skerry's había un quiosco de periódicos. Compró uno y se apostó en un lugar discreto.

Transcurrieron quince o veinte minutos. Un hombre alto y robusto apareció a poco caminando con paso rápido por la acera.

Forbestone parecía muy preocupado. Ni siquiera se dio cuenta de que pasaba al lado de Willows, quien, por otra parte, simulaba estar profundamente interesado en la lectura del periódico que tenía entre manos.

El abogado penetró en la taberna. Willows continuó en su sitio.

Ahora ya sabía que Forbestone estaba relacionado con los crímenes de Sharron Castle. Incluso era muy posible que fuese el asesino.

Forbestone salió un par de minutos después, con el desconcierto reflejado en sus facciones. Willows lo vio desde lejos, situado en un punto más distante del elegido para esperar al abogado. Con esta precaución, evitaba ser visto por Forbestone quien, seguramente, debía de sentirse muy nervioso por la llamada que luego había resultado ser falsa.

El abogado se alejó con paso rápido. Willows, oculto en un portal, lo vio caminar en busca de su automóvil, estacionado discretamente a buena distancia del Skerry's. Willows encendió el cigarrillo.

Ya sabía que Forbestone tenía relación con los crímenes de Sharron Castle.

Lo difícil iba a ser probarlo.

CAPÍTULO V

La luz estaba apagada. Willows, sentado en un sillón cerca de la puerta, aguardaba pacientemente.

Tenía la seguridad casi plena de que aquella noche iba a recibir una visita. Lo que no podía era asegurar la identidad del visitante.

Sentía deseos de dormirse, pero no quería aflojar la vigilancia un solo instante. Incluso había prescindido de fumar, para que el olor a tabaco no delatase su presencia cerca de la entrada.

El sueño, no obstante, empezó a vencerle. Dio una cabezada y se irguió sobresaltado. Su mano se cerró con fuerza sobre el bastón que había elegido como arma defensiva desde el principio.

Otra vez cayó su cabeza sobre el pecho. Ahora, fue el ruido del bastón al desprenderse de su mano lo que le despertó, con más sobresalto que antes incluso.

Empezó a pensar en la conveniencia de ir al baño y refrescarse un poco la cara, para despejarse.

«Debía de haber tomado algún estimulante», se dijo.

En aquel momento oyó un ligero ruido en el pasillo.

Todos sus músculos se pusieron en tensión inmediatamente. Alguien se acercaba a su apartamento.

Los pasos se detuvieron junto a la puerta. Muy despacio, Willows se puso en pie.

La cerradura rechinó muy ligeramente al ser abierta por una persona desde el exterior. Un rayo de luz penetró en la estancia, procedente de las lámparas que alumbraban el pasillo.

El rayo de luz se amplió hasta alcanzar la anchura de la puerta. Una silueta se dibujó en el suelo, alargada, llegando casi hasta la pared opuesta.

Willows divisó la sombra de una pistola. Sonó un paso, luego otro, otro...

El bastón bajó de pronto con tremenda fuerza, golpeando la

mano del intruso. Se oyó un gruñido de dolor, mientras el arma saltaba al suelo.

Willows pegó una patada a la puerta. Con la mano izquierda, encendió las luces.

Delante de él, había un individuo con cara de dolor, agarrándose la mano afectada con la sana. El sujeto, de pronto, reaccionó y se inclinó para recoger la pistola.

El bastón funcionó de nuevo, ahora con más fuerza que antes. Willows golpeó dura, despiadadamente, alcanzando al intruso en el prominente final de espalda que enseñaba al agacharse.

Se oyó un aullido de dolor. El intruso abandonó su idea de recobrar la pistola, que fue a parar al otro lado del cuarto, a consecuencia del puntapié que le asestó Willows.

El periodista sonrió. Los ojos de su adversario estaban llenos de lágrimas.

—¿Trudd? —dijo.

—Maldita sea... —Gruñó el otro, frotándose las doloridas posaderas con ambas manos.

—¿Trudd? —repitió Willows.

—Sí, yo soy. ¿Por qué...?

La contera del bastón era de hierro terminada en punta. Era un bastón de excursionista, fuerte, sólido. Willows apoyó la contera en el pecho del sujeto y lo hizo retroceder hasta la pared.

—No es un estoque precisamente, pero si apretase con fuerza, creo que llegaría al corazón —dijo—. ¿Hablamos de Forbestone?

Trudd apretó los labios.

—Usted estuvo en Sharron Castle, con Cranley —siguió Willows, impasible—. Tomó parte en un asesinato, por lo menos, ¿no es cierto?

—¿Y qué? No puede demostrarlo...

—Trudd, usted es un pez menor. No me interesa tanto como Forbestone. Podemos hacer un arreglo. Ya lo iba a hacer con Cranley, pero alguien lo impidió. Y no fue usted, ¿verdad?

—No, diablos —se estremeció el rufián.

—Pero conmigo ha pensado de un modo distinto. Venía dispuesto a matarme.

—Bueno, yo quería sólo hablar con usted...

Willows sonrió.

—No me tome por tonto, Trudd —dijo—. Forbestone le ordenó que me liquidase. O me mataba usted o Forbestone le quitaría a usted de en medio, como lo hizo con Cranley. ¿Me equivoco?

El silencio de Trudd era altamente revelador.

—¿Cuánto le iba a pagar Forbestone? —preguntó Willows.

—Dos... dos mil libras... —admitió el rufián de mala gana.

—¿Ya las ha cobrado?

—No. Me las tenía que dar luego... Mañana por la noche.

—Le hubiese pagado con un balazo, Trudd, no le quepa la menor duda. ¿Por qué, si no, se cree que quitó de en medio a Cranley?

El rufián guardó silencio de nuevo.

—¿Le ha hablado Forbestone de la llamada que recibió hoy?

—Sí... Dijo que creyó que había sido yo, pero que luego se dio cuenta del engaño.

—Y pronunció mi nombre.

—En efecto.

—Usted colaboró con Forbestone en la ejecución de «Bingo» Rockedley. Cuénteme lo que sucedió.

—Bueno, él nos contrató a Cranley y a mí. No dijo que iba a matar a una persona; sólo quería hacerle una broma. Cranley y yo lo creíamos así... seguíamos creyéndolo hasta que vimos que se le rompía a «Bingo» el pescuezo.

—¿Piensa que voy a tragarme esa fábula, Trudd?

—Le juro que es la verdad. Forbestone nos aseguró que debajo de la trampilla habría una red que amortiguaría la caída.

—Pero Cranley me pisó los dedos, cuando yo intenté salir...

—La verdad, él y yo nos asustamos bastante. Incluso nos peleamos con Forbestone, por el engaño de que habíamos sido objeto.

—Pero él les tapó la boca, ¿no?

Trudd asintió.

—Con doscientas cincuenta libras a cada uno. Además, dijo que éramos tan culpables como él del asesinato, así que nos convenía también cerrar el pico.

—Muy astuto Forbestone, sólo que ha cometido algún que otro error —comentó Willows—. ¿Quién preparó el escenario de la ejecución?

Trudd se encogió de hombros.

—Todo estaba listo cuando llegamos.

—¿Incluso las cargas explosivas del puente?

—Sí, también.

—¿Cree que Raymond colaboró en la preparación de los escenarios?

—Supongo que sí.

—Raymond murió asesinado. ¿Lo hizo Forbestone?

—Una cosa es segura: ni Cranley ni yo matamos al mayordomo. No teníamos motivos para ello y, además, sólo íbamos a simular la ejecución. Forbestone aseguró que sólo trataba de divertirse un poco con los herederos del dueño de Sharron Castle.

Willows meneó la cabeza.

—Ingenuidad o estupidez —dijo—. O tal vez indiferencia hacia lo que pudiese ocurrir. A ustedes sólo les interesaban las doscientas cincuenta libras, ¿verdad?

Trudd apretó los labios.

—Bueno, no importa demasiado —siguió el periodista—. Forbestone es el que nos interesa. Trudd, le propongo un trato.

—¿Qué clase de trato? —preguntó el rufián ávidamente.

—Supongo que luego tiene que llamar a Forbestone por teléfono.

—Sí, así es.

—Y mañana por la noche, entrevistarse con él para cobrar el dinero prometido.

—Sí.

—Bien, usted ya sabe ahora qué clase de pájaro es Forbestone. No le pagará con oro, sino con plomo. Puedo amenazarle con su propia pistola, pero prefiero que obre por convicción. Recuerde que está metido en un mal asunto y que, aunque «Bingo» fuese un maleante de la peor especie, a fin de cuentas su muerte no tuvo nada de legal.

Trudd lanzó un gruñido de enojo.

—Siga —pidió.

—Quinientas libras ahora mismo. Luego... en su día, benevolencia para lo que hizo. Es muy posible que, en efecto, usted y Cranley creyeran en lo de la broma. El juez podría dar cierto crédito a sus palabras, ¿comprende?

—Es la verdad. Forbestone no nos dijo nunca que...

Willows señaló el teléfono con el bastón.

—Llámele —ordenó—. Dígale que la cosa está hecha.

—¿Nada más? —preguntó Trudd, mirando a Willows con cara de sorpresa.

—Luego le daré más instrucciones, con las quinientas libras —contestó el joven—. Vamos, llame a Forbestone.

Trudd se acercó al teléfono. Levantó el aparato y marcó un número.

—¿Forbestone? —dijo a poco—. Asunto zanjado... Sí, en efecto, ninguna dificultad. No, no ha habido dificultades, repito... ¿Mañana? Bien, de acuerdo.

El rufián colgó. Luego se volvió hacia Willows.

—Ya está —dijo.

Willows sacó un fajo de billetes.

—No me gusta dejar de cumplir mis promesas —manifestó—. Pero ahora se va a venir conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Trudd.

—Eso no le importa. ¿Prefiere que llame a la policía?

Trudd se rindió.

—Está bien, vamos —accedió.

Antes de salir y, a guisa de precaución, Willows se apoderó de la pistola del rufián. Apagó la luz, cerró con llave y, en unión de Trudd, se encaminó al ascensor.

Las dos mujeres contemplaron con asombro al sujeto que tenían delante de sí.

—De modo —dijo *lady* Marcela—, que éste es uno de los tipos que colgaron a «Bingo».

—En efecto —corroboró Willows—. Lo hicieron entre él, Cranley y Forbestone. Pero he juzgado oportuno traerlo aquí, para que no pueda avisar a Forbestone de la trampa que le preparo. A estas horas, el abogado cree que he muerto, *lady* Marcela.

—Tipo listo —sonrió la dama—. Clark, dispongo de un sótano magnífico. Diana, ¿quieres indicarles el camino?

—Con mucho gusto, *lady* Marcela —respondió la muchacha.

Momentos después, Trudd quedaba encerrado en el sótano. La puerta, de roble, poseía la suficiente reciedumbre como para que no

podiera forzarla sin herramientas adecuadas.

Willows y Diana regresaron al salón. *Lady* Marcela estaba prendiendo uno de sus enormes habanos.

—¿Cuál es el siguiente paso, Clark? —preguntó, después de expulsar la primera bocanada de humo.

—Hablar con Spengler, *lady* Marcela.

—¿Por qué?

—Bien, él es el encargado de ejecutar el testamento...

—Sí, tienes razón, muchacho. Y, además, administraba la fortuna de mi difunto hermano.

—Lo que no entiendo yo es cómo pudo *sir* Basil disponer en su testamento que su fortuna pasara a manos de esa supuesta asociación benéfica —dijo Diana.

—Por eso quiero hablar con Spengler. Se me hace un poco raro que haya accedido a entregar una suma semejante a un tipo como Forbestone.

—Sólo la mitad, porque, a lo que parece, la mujer de Forbestone invirtió en la Bolsa cien mil libras esterlinas nada más.

—Quizá el resto esté invertido en otros títulos no cotizables —opinó Diana.

—O en un depósito en metálico en el Banco —dijo Willows—. De este modo, Forbestone dispondría de dinero realizable en el acto.

Lady Marcela contempló pensativamente las volutas de humo que se desprendían de su cigarro.

—Hable con Spengler, Clark —aconsejó—. Si le pone objeciones, díglele lo mismo que le dijo a Forbestone: usted es mi representante con plenos poderes. ¿Estamos?

—Conforme, *lady* Marcela.

Willows consultó su reloj.

—Son las cuatro de la madrugada —exclamó, sorprendido de lo rápidamente que se le había pasado el tiempo—. Lamento haberlas levantado a hora tan intempestiva...

—No se preocupe, muchacho —dijo la dama benevolentemente—; ha hecho una buena labor y eso es lo que importa. Ahora ya sé, por fin, que mi hermano no cometió aquellos crímenes. Diana, acompaña.

Willows se dirigió hacia la salida. En la puerta, tomó las manos

de la muchacha.

—Diana, en lo sucesivo me gustará conversar frecuentemente con usted —dijo.

Ella sonrió, a la vez que se ruborizaba.

—Siempre que quiera, Clark —contestó.

Willows la miró y sonrió también. Era una muchacha magnífica. Podía pensar en ella para elaborar su futuro, se dijo.

Pero antes que Diana y un futuro común, había que pensar en Forbestone, un hombre sumamente peligroso, que no había vacilado en cometer seis crímenes y que sería capaz de cometer otros más, con tal de salvarse.

CAPÍTULO VI

Eran las diez de la mañana siguiente, cuando Willows, tras haber descansado unas pocas horas, entregaba a una mecanógrafa su tarjeta de visita.

La chica leyó su nombre y se puso en pie.

—Un momento, por favor, señor Willows —rogó.

Había una pequeña valla que dividía en dos el antedespacho. La chica empujó la puertecita y luego se acercó a la que daba acceso a la oficina privada del abogado.

Abrió, entró y entregó la tarjeta, fuera del alcance de la vista de Willows. Un segundo después, el joven oía un grito sofocado.

—¡Oh! ¡Señor Spengler!

Willows se alarmó. La chica apareció en el umbral, pálida y desconcertada.

—Se ha puesto malo... Voy a llamar a un médico...

Sonó una voz ahogada:

—¡No, Lily! ¡No... no llame a nadie! Ha sido un mareo pasajero...

Spengler apareció en la puerta, con la cara invadida por una extraña lividez.

—Se... señor Willows —dijo, haciendo un gran esfuerzo.

El joven estaba asombrado. ¿Qué le sucedía al notario?

—Te... tenga la bondad de pasar... —invitó Spengler.

Willows entró en el despacho. Spengler cerró y se sentó en su sillón.

Junto a la mesa de trabajo tenía otra más pequeña, con servicio de licores.

—¿Quiere un trago? —invitó.

—Bueno... —aceptó el visitante.

El cuello de la botella tintineó varias veces al chocar contra el borde de la copa. Willows no dejó de advertir la inseguridad de las

manos del abogado.

Spengler vació su copa de un trago. Lentamente, los colores volvían a sus mejillas.

—Estoy... estoy un poco bajo de presión y... y a veces me dan mareos —dijo con voz todavía temblorosa—. La secretaria se ha alarmado sin motivo justificado...

—Lo celebro mucho, señor Spengler —dijo Willows—. Me alegro mucho que no haya sido sino una baja pasajera de la presión. «Presión baja, larga vida», aseguran los médicos —añadió sonriendo.

—Sí, eso dicen. —Spengler juntó las yemas de sus dedos—. ¿En qué puedo servirle, señor Willows?

—Verá. Se trata de la herencia de *sir* Basil...

—Pero ése es un asunto ya zanjado, señor Willows.

—*Lady* Marcela no opina igual que usted, abogado.

Spengler se encogió de hombros.

—Siempre fue una mujer estrambótica, mucho más que su difunto hermano, que ya es decir.

—Cuestión de opiniones —dijo Willows, imperturbable—. El caso es que *lady* Marcela va a pleitear por, la herencia.

—Perderá el pleito. Sí, ya sé que quiere impugnar el testamento, pero la cosa está bien clara.

—Doscientas mil libras para la Asociación Benéfica Clarence McNeil, ¿no es cierto?

—En efecto. Y los otros legados, irán a parar a manos de los legítimos herederos de los que murieron en Sharron Castle. El hecho de que fueran asesinados no es obstáculo para que el testamento siga su curso.

—¿Y si no aparecen herederos?

—Bueno, después de un plazo prudencial entregaré el dinero a la Clarence McNeil.

—Dirigida por el abogado Forbestone.

—En efecto, así es.

—Señor Spengler, ¿no se le ha ocurrido nunca preguntarse por los motivos reales de aquellos asesinatos de Sharron Castle?

El abogado se encogió de hombros.

—No me lo recuerde —gruñó—. Es una época de mi vida que quiero olvidar lo antes posible.

—Se comprende —sonrió Willows—. Ciertamente, fueron Unas horas muy poco agradables. Señor Spengler, supongo que, además de las cintas grabadas por *sir* Basil, poseerá usted algún documento escrito que justifique la distribución de su fortuna.

—Por supuesto que sí —respondió Spengler, quien parecía irse recobrando de su malestar—, aunque no veo qué puede interesarle ello a usted. Ya cobró su legado, creo.

—En efecto. Y en un sentido estricto, a mí no me interesa el testamento de *sir* Basil, máxime habiendo cobrado el legado que me dejó, pero sí le interesa a su hermana, *lady* Marcela Wrottonx.

—Ella tiene un abogado...

—Y un representante general, con plenos poderes, que soy yo, señor Spengler.

Hubo una corta pausa de silencio.

Spengler sacó un pañuelo y empezó a secarse el sudor de la frente.

—Tendrá que exhibir usted el testamento de *sir* Basil en el momento en que se lo pida un juez —siguió Willows implacablemente.

—Lo... lo exhibiré, desde luego —aseguró el notario con voz insegura.

—Magnífico —sonrió Willows—. Y ese mismo juez, quizá, le pregunte a usted por qué una dama, que aparentemente no tiene nada que ver con la herencia de *sir* Basil, realizó una inversión en Bolsa, no hace mucho tiempo, de unas cien mil libras esterlinas. Me refiero a la señora Forbestone, naturalmente.

Spengler se había puesto lívido nuevamente.

—¿CÓ... cómo lo sabe usted? —tartamudeó.

Willows se contempló las uñas.

—Me gusta jugar a la Bolsa de cuando en cuando —mintió.

—La... la señora Forbestone es esposa del director de la Clarence McNeil...

—Pero no es el director, ¿verdad?

Spengler sudaba ahora copiosamente. Willows sonreía con toda tranquilidad.

—Bueno, eso no... no es cosa que me incumba a mí... —Manifestó Spengler—. Yo... yo entregué el dinero a Forbestone y...

—Comprendido, señor Spengler. Bien, informaré a *lady* Marcela

de mi conversación con usted. —Willows consultó el reloj—. Me ha invitado hoy a cenar. Espero pasar una velada muy agradable.

Se puso en pie, sin dejar de sonreír.

—Esta conversación ha sido también sumamente agradable, señor Spengler. Buenos días.

El notario apenas si pudo balbucir unas palabras de despedida. Willows pudo notar claramente una cosa.

Spengler estaba aterrado.

Lo cual, sin lugar a dudas, probaba su complicidad en los hechos.

Pero ¿por qué se había brindado a colaborar en la comisión de varios asesinatos?

Reflexionando fríamente, incluso pensando con cierto sentido justiciero, aunque un tanto arbitrario, podía admitirse la muerte de «Bingo» Rockedley, incluso la de Needs, el hombre que había empujado a Dick Ewthorne por el camino de las drogas... pero las del jugador y su bella cómplice resultaban algo excesivas, por no incluir en la relación la de Cranley.

Y Spengler había sido cómplice de todas aquellas muertes, ahora ya no le cabía la menor duda.

Faltaba por esclarecer los motivos. Una visita que debía hacer, pensó el periodista, contribuiría bastante a su misión.

Mildred Forbestone abrió la puerta y miró con curiosidad al hombre que tenía frente a sí.

Era una mujer alta, arrogante, todavía muy bella a sus cuarenta años, edad que le calculó Clark Willows. El aire de familia con Spengler era evidente, pese a la diferencia de edad, estatura y corpulencia física.

—Me llamo Clark Willows, señora —se presentó el joven—. Periodista.

La señora Forbestone enarcó las cejas.

—No veo que tenga yo que manifestar nada a la Prensa —dijo.

—Es un asunto un tanto particular, señora. Se trata de la Fundación Clarence McNeil.

—Está bien. Pase, señor Willows, aunque me parece que sobre esa Asociación, mi esposo podría darle mejores informes que yo.

Willows se quitó el sombrero.

Mildred Forbestone se mostraba perfectamente reposada, un

tanto intrigada por su presencia, pero sin el menor signo de nerviosismo.

—Siéntese —invitó.

—Gracias, señora.

Ella se sentó frente a su visitante, con las manos en el regazo.

—¿Y bien, señor Willows?

—Se trata de la herencia de *sir* Basil Ewthorne, cuya mayor parte fue a parar a la Clarence McNeil —dijo el joven. La hermana del difunto, *lady* Marcela Wrottonx, piensa entablar pleito para impugnar el testamento.

—Eso no me concierne a mí en absoluto. ¿Por qué no habla con mi esposo? —insistió la dama.

—Señora, tengo informes fidedignos de que usted invirtió en Bolsa cien mil libras esterlinas. ¿Puedo preguntarle si eran personalmente suyas?

El pecho de Mildred se agitó perceptiblemente.

—Es una pregunta totalmente indiscreta —contestó.

—Se la hará un juez, señora —advirtió Willows—. Y no podrá negarse a contestar.

—Está bien. Lo diré. A fin de cuentas, sólo hice lo que me pidió mi esposo. La inversión se realizó a mi nombre, pero no conozco bien los motivos. Robert me habló algo sobre impuestos... Usted ya comprende.

—Sí, desde luego. ¿Qué más, señora Forbestone?

—Eso es todo. Me lo pidió mi esposo y me pareció bien. Una trampa legal, pero él es abogado y entiende de esas cosas. Por lo demás, no tengo que acusarme absolutamente de nada, señor Willows.

El joven entendió que Mildred era completamente sincera. La dama era ajena en absoluto a las trapacerías de su esposo. Cualquier otra mujer, en sus circunstancias, habría obrado de la misma forma.

—Le doy las gracias por sus respuestas, señora Forbestone —dijo Willows sonriendo, a la vez que se ponía en pie—. Lástima que la Fundación tenga que quedarse sin el legado de *sir* Basil.

Mildred se encogió de hombros.

—Eso no me importa en absoluto —contestó fríamente—. Aunque el dinero figurase a mi nombre, demasiado sabía que pertenecía a la Fundación.

—Sí, desde luego; y según su esposo, usted hizo la inversión para eludir una parte de impuestos, pero ¿por qué no lo hizo abiertamente a nombre de la Asociación Benéfica Clarence McNeil? La reducción de impuestos, tratándose de una entidad de beneficencia, habría sido aún mucho mayor, ¿no le parece?

Mildred se quedó parada. Willows recogió el sombrero, hizo una inclinación de cabeza y salió de la casa.

Sonreía mientras descendía en el ascensor. Sería digna de verse la pelotera que tendría lugar entre ambos esposos cuando Mildred empezara a acosar a su cónyuge con preguntas.

¿Reaccionaría Forbestone como esperaba?

CAPÍTULO VII

Clark Willows tomó un sorbo de oporto y luego se limpió cuidadosamente los labios con el pañuelo.

—Una cena digna de Lóculo, *lady* Marcela —elogió.

—¡Psé! No ha estado mal —contestó la aludida—. A ti, ¿qué te ha parecido, Diana?

La muchacha no contestó. *Lady* Marcela miró a Willows y le guiñó un ojo.

—Está muy nerviosa —dijo.

—Es que... pienso en Forbestone... y en Spengler... —habló Diana con voz insegura—. Clark, ¿cree que vendrán?

—Eso espero —respondió el joven.

—O se fugarán del país.

—No podrían hacerlo, usted sabe por qué. Además.

Forbestone querrá saber qué ha sido de Trudd. Por cierto, ¿cómo sigue?

—Hambriento, me imagino —sonrió *lady* Marcela—. Pero veinticuatro horas de ayuno no matan a nadie.

Willows encendió un cigarrillo.

—Fue un plan muy bien ideado —comentó.

—Pero que tuvo un fallo sensacional —dijo *lady* Marcela.

—Desconocimiento de la psicología de *sir* Basil.

—Sí, desde luego. El error de Spengler, en este sentido, es incalificable...

Sonó la campanilla de la puerta.

Willows se puso en pie.

—Ya están ahí —dijo.

Miró a la muchacha, cuyas manos retorcían la servilleta.

—Sobre todo, no se muestre nerviosa —aconsejó.

Diana hizo un gesto de asentimiento. Willows abandonó el

salón, cruzó el amplio vestíbulo y abrió la puerta.

Forbestone y Spengler le miraron desde el umbral, ambos tan distintos en sus respectivas corpulencias físicas. Uno alto, enorme, voluminoso; el otro, delgado, de mediana estatura, endeble.

Willows sonrió amablemente.

—Pasen, por favor —invitó—. Les estábamos aguardando.

—*Lady* Marcela tiene mayordomo —dijo Spengler hosco y nervioso.

—Ah, sí, Jenkins... Nombre clásico de mayordomo británico —contestó Willows—. Pero hoy es su día de fiesta. Y también el de la cocinera y las dos doncellas... Pasen, por favor.

Forbestone tenía las facciones contraídas. Willows reparó en la mano que desaparecía en uno de los bolsillos de su impermeable.

—*Lady* Marcela y su enfermera están en el comedor. Tengan la bondad de seguirme, caballeros.

El joven les volvió la espalda. Caminó tranquilamente, aunque no las tenía todas consigo.

Forbestone era un sujeto sin escrúpulos. Y no era la primera vez que mataba a un hombre personalmente.

Pero no ocurrió nada. Entraron en el comedor. Spengler se sorprendió al ver a Diana.

—Señorita Lockhart... —saludó.

Diana contestó con una inclinación de cabeza. *Lady* Marcela dijo:

—Hola, Nathaniel. ¿Ese hombre es su cuñado?

—El marido de su hermana, en efecto —sonrió Willows.

—Tengo entendido que es muy guapa, tan feo como es usted, Nathaniel —dijo *lady* Marcela ácidamente—. ¿Cómo está, Forbestone?

—No puede decirse que me sienta particularmente satisfecho de estar aquí, señora —gruñó el aludido.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta que ha cometido un puñado de crímenes. Diana, sírveles de beber...

—No —cortó Forbestone—. No hemos venido a beber.

—Entonces, han venido a devolver un dinero que no es suyo.

—Tampoco.

—Quizá han venido a matarnos.

Un espeso silencio gravitó de pronto sobre la estancia.

Willows, en pie, tenía la mano apoyada en el respaldo de una silla.

Podía ser un arma excelente, en caso necesario.

—Hemos venido a hacer un trato con usted, *lady* Marcela —dijo Forbestone.

La dama alzó las cejas.

—¿Un trato? —repitió.

—Sí. Sesenta mil libras y no se hable más del asunto.

Lady Marcela sonrió.

—¿Cree comprar con mi silencio una conformidad con la calumnia que ustedes echaron sobre el nombre de mi hermano? —preguntó.

—Está muerto. ¿Qué más da? —refunfuñó Spengler.

Lady Marcela le miró de arriba a abajo despreciativamente.

—Tendrá que declarar dónde puso su cadáver, ladrón —le apostrofó.

Spengler se puso colorado hasta la raíz del pelo.

—Señora...

—Ha sido usted cómplice de un robo y de varios asesinatos. ¿Cree que puedo aceptar ninguna componenda?

—Es el único camino que le queda, señora —dijo Forbestone.

—¿Está seguro?

De nuevo se hizo el silencio. Spengler lo rompió segundos después:

—Ya te dije que... —habló con voz gemebunda.

—¡Cállate, imbécil! —dijo Forbestone violentamente—. ¿Es su última respuesta, *lady* Marcela?

—Sí —contestó la aludida—. No habrá tratos de ninguna clase con ustedes dos.

—En Sharron Castle murieron cinco personas —intervino el periodista—. No se puede decir que fuesen un ejemplo para la sociedad, sobre todo cuatro de ellas, pero, a fin de cuentas, fueron cinco asesinatos. Y no hablemos del de Link Cranley.

Forbestone estaba rígido.

—¿Qué pasó con la fortuna de *sir* Basil, señor Spengler? —preguntó Willows—. Usted era su administrador. Cuando *sir* Basil murió, se vio en el trance de tener que rendir cuentas. ¿Había desfalcado mucho dinero?

—Cien mil libras —declaró Forbestone sin rodeos.

—Y usted, para ayudarle a tapar ese desfalco, le exigió otras cien mil.

—Sí —admitió Forbestone sin el menor rubor.

—Ahora bien —continuó el joven—, tenían que justificar de algún modo la desaparición de la fortuna de *sir* Basil. Una parte de la comedia la constituye esa pretendida e inexistente sociedad benéfica. Parecía lógico que *sir* Basil dejara su dinero a la beneficencia.

—¿Tan mala era la idea? —preguntó Forbestone sarcásticamente.

—No, no era mala en sí. Lo que sí resultó ser malo fue la muerte de aquellas cuatro personas, más la del mayordomo Raymond.

—Era la venganza de *sir* Basil. Todavía se sigue creyendo que está vivo y que se vengó de los causantes de la muerte de su hijo.

—Todos no lo creen, pero es igual. Ciertamente, el mundo no ha perdido demasiado con la muerte de aquellos cuatro supuestos herederos. En cambio, Raymond era Inocente.

—Como se suele decir, sabía demasiado —dijo Forbestone cínicamente.

—Pero ustedes cometieron dos errores, uno de ellos, involuntariamente, porque no podían saber que *lady* Marcela se enteraría de la fecha en que sería leído el testamento y apareció impensadamente en Sherron Castle.

—Tuvimos mala suerte, en efecto. ¿Cuál fue el otro error?

—Lo cometió su cuñado, señor Forbestone. *Sir* Basil y *lady* Marcela habían tenido sus diferencias, pero la sangre siempre une, a pesar de todo. *Sir* Basil jamás habría dejado de mencionar a su hermana en el testamento.

—Aunque no fuese más que para insultarme —dijo la aludida plácidamente.

Spengler estaba lívido. Forbestone le dirigió una mirada llena de ira.

—Maldito imbécil —le apostrofó en voz baja.

—Era preciso que muriesen cuatro personas de pésimos antecedentes —dijo Willows—. Se acusaría a *sir* Basil de haber fingido su propia muerte, para cometer los crímenes y, naturalmente, tendría que desaparecer. Por tanto, ya no podría

reclamar su fortuna, casi la mitad de la cual se había volatilizado al pasar por las manos de un infiel administrador. *Sir* Basil confiaba en su abogado, pero éste no correspondió a la confianza. Y tal vez la cosa se hubiese arreglado, de no haber muerto *sir* Basil de una manera relativamente inesperada. ¿Me engaño?

El silencio de ambos cómplices era altamente significativo. Tras un ligero intervalo, Willows continuó:

—Spengler tuvo que pedir auxilio. ¿A quién mejor que a su ambicioso cuñado? Pero éste, usted, Forbestone, le exigió cien mil libras por su ayuda... y usted, Spengler, las entregó, porque su cuñado le forzó, bajo la amenaza de provocar el escándalo. Sería su ruina como abogado y notario; iría a parar a la cárcel... Algo había que hacer para evitarlo, ¿no?

Spengler respiraba afanosamente. Parecía ir a desmayarse de un momento a otro.

—Todo estuvo muy bien planeado, incluso la muerte de aquellas personas que el público, conocedor de la historia, encontraría plenamente justificadas —prosiguió Willows—. Incluso, para dar mayor autenticidad al testamento, se nos incluyó en él a la señorita Lockhart y a mí, con dos modestas mandas. Y Spengler, después, todavía ganaría unas cuarenta mil libras, que era la supuesta herencia de los asesinados.

«Para Rockedley dispusieron el escenario de una cámara de ejecuciones de una cárcel británica. Para Needs, lógicamente, la muerte por ingestión de una droga que le hizo enloquecer y saltar al Bremerton, crecido en aquellos días. Y para Ball y su “socia”, un juego en el que la puesta era la vida, pero como ambos eran unos tramposos, no tenía nada de particular que aquella partida se jugase con trampa y que ambos la perdieran. ¡Qué justicia más adecuadamente poética la de *sir* Basil! Los que habían perdido a Dick, morían de la misma forma en que habían provocado la ruina del muchacho. Perfecto, todo muy perfecto...

»Incluso es de creer que engañasen a Raymond, el viejo mayordomo, como engañaron a Cranley y a Trudd, haciéndoles creer que se trataba de una serie de bromas pesadas. Pero Raymond era un tipo decente, no un hampón como los otros dos, y cuando se dio cuenta de que no había bromas, sino muertes auténticas... Bueno, usted, Forbestone, es muy robusto y no le costó demasiado

romperle el cráneo de un garrotazo. ¿Me equivoco?».

Forbestone guardaba silencio, al igual que su cómplice.

—Unos escenarios muy bien preparados, incluso con la perfecta simulación de la voz de *sir* Basil —dijo Willows—. Altavoces disimulados, micrófonos escondidos o por los bolsillos, abundancia de escondrijos en Sharron Castle para desaparecer cuando convenía... Pero no incluyeron a *lady* Marcela en el testamento y eso les perdió. Forbestone, ¿sabe que tenemos preso a Trudd? Lo capturé yo anoche, cuando usted le ordenó que me asesinara. ¿Recuerda la llamada que le hizo acudir al Skerry's?

Una pistola con silenciador apareció de repente en la mano del asesino.

—Temo que ninguno de los presentes va a poder repetir a nadie lo que acaba de escuchar —dijo.

Willows no se inmutó.

—Ahora yo, si fuese un héroe de película, saltaría sobre usted, lucharía a brazo partido y lo desarmaría hábilmente. Lo siento, no soy uno de esos héroes. Prefiero la acción legal... Scotland Yard, por ejemplo. ¿Inspector Reilly?

Las cortinas de unos ventanales se separaron bruscamente. Un hombre, con sombrero hongo y paraguas en el brazo izquierdo, apareció súbitamente.

—Soy el inspector John O. Reilly, de Scotland Yard —se presentó—. He oído todo lo que se ha hablado en esta habitación y acuso a ambos de las muertes mencionadas. Están en el derecho de callar, si lo prefieren, pero si hablan, lo que digan podrá ser usado en contra suya.

—No, no nos llevarán ante un tribunal —dijo Forbestone, loco de ira—. Vamos, Nathaniel.

Y empezó a retroceder, sin dejar de apuntar a los presentes con la pistola.

—Robert —gimió Spengler.

—Vamos, idiota. ¿Es que no te das cuenta de que nos va en ello el pescuezo? —aulló Forbestone.

Reilly se movió ligeramente. Forbestone apuntó el arma hacia él y apretó el gatillo.

El policía intuyó el disparo y se agachó. Forbestone maldijo.

Pero no tuvo tiempo de repetir su gesto. Insólitamente, *lady*

Marcela levantó la servilleta que tenía en la mesa y sacó a relucir un imponente pistolón, con el que hizo fuego dos veces.

Forbestone gritó un poco, se tambaleó y acabó por caer al suelo. Spengler levantó los brazos.

—¡No tire, *lady* Marcela! ¡Lo diré todo, todo...! —sollozó.

Reilly avanzó hacia él y le puso las esposas. Luego se inclinó sobre Forbestone.

—Buena puntería, *lady* Marcela —dijo a poco.

La dama estaba pálida, pero procuró sonreír.

—Era de mi difunto esposo. Fue coronel del 19.º de Infantería Ligera —explicó, dejando sobre la mesa el pesado «Webley» de reglamento en el Ejército británico.

Willows lanzó un profundo suspiro.

—En fin —dijo—, hemos llegado al fondo del asunto.

Dos policías de uniforme entraron en aquel momento. Reilly les entregó a Spengler.

—Clark, enséñeles el calabozo de Trudd —indicó la dama.

—Con mucho gusto, *lady* Marcela —contestó Willows.

—Clark, será mejor que sirvas unas copas —pidió *lady* Marcela, tuteándole—. Creo que las estamos necesitando.

—Sí, señora.

Willows llenó las copas y entregó las suyas a las dos mujeres. Luego levantó la suya.

—Por una dama valerosa y tenaz, que quería reivindicar la memoria de su hermano y lo ha conseguido —dijo.

Lady Marcela sonrió.

—Gracias a ti, muchacho —declaró—. Espero que ese granuja de Spengler nos diga pronto dónde llevaron el cadáver del pobre Basil, para devolverle a su sepultura.

Luego calló un momento.

—Yo brindaría por un detective aficionado, pero genial —añadió—, aunque prefiero hacerlo por la felicidad de una pareja que se casará muy pronto, si no me engaño.

Miró a Diana y sonrió. La muchacha tenía la cara roja como una guinda.

Willows sonreía también.

—¿Es usted adivina, *lady* Marcela?

—Psicóloga, simplemente. —La dama despachó su copa de un trago—. Pero no habrá boda hasta que se me cure esta maldita pierna, ¿estamos?

Dejó la copa sobre la mesa y movió las ruedas. Diana quiso empujar la silla.

—Nada de eso —gruñó—. Tu obligación es quedarte ahora con Clark. Si no me engaño, tenéis mucho de qué hablar, ¿no es cierto?

Diana asintió en silencio. *Lady* Marcela se alejó.

En el umbral de la puerta hizo girar la silla a medias. Meneó la cabeza mientras refunfuñaba:

—Sí que tenían prisa. Ni siquiera han esperado a que yo cerrara la puerta para besarse.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

